# DANIEL CAMPIONE

# JULIO A. ROCA

Apuntes para una polémica.





### DANIEL CAMPIONE

## JULIO A. ROCA

Apuntes para una polémica.



Campione, Daniel

Julio A. Roca: apuntes para una polémica

- 1a ed. Buenos Aires: FISYP, 2024

57 p.; 23 x 16 cm

ISBN 978-987-3925-11-5

1. Historia Argentina I. Julio Argentino Roca II. Título

©FISyP, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas

©Del autor

Montevideo 31 - 2° 3

(CP1042AAB) Buenos Aires - Argentina

Tel Fax: 4381-5574 / 6088-9949

mail: fisyp@fisyp.org.ar

web: www.fisyp.org.ar

Ilustración de tapa: Ocupación militar del Río Negro en la expedición al mando del General Julio A. Roca (detalle), Juan Manuel Blanes. Óleo sobre tela Buenos Aires, 1889

La Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas es una entidad sin fines de lucro, dedicada a la actividad de investigación, docencia y difusión en diversas áreas de Ciencias Sociales. Esta publicación puede ser reproducida libremente por cualquier medio publicando fuente y autor.

## Índice

A modo de introducción	5
Roca ante la historia	9
Argentina: la lucha por la tierra y la apología de Roca*	38
Roca, la "argentinidad" y el crimen*	41
Roca, la fundación del Estado argentino y la masacre	44
Las manchas en el bronce*	48
Anexo	52
Osvaldo Bayer, historiador	52
Fnílogo	56

#### A modo de introducción

Publicar hoy una breve compilación de artículos a propósito de Julio Argentino Roca adquiere un sentido diferente al que hubiera tenido hace apenas un par de años. Sentido que se refuerza con el triunfo electoral y la asunción presidencial de Javier Milei.

El nuevo presidente invoca en sus discursos una lectura histórica en la que el período que va de fines del siglo XIX a los primeros años del siglo XX es una edad "dorada" de Argentina. Pinta esa etapa como el desenvolvimiento de una sociedad de libre mercado y de progreso indefinido.

Y con intencional equívoco, proclama que en esos tiempos Argentina fue "la primera potencia mundial". Algo que nunca ocurrió ni de lejos, nuestro país jamás se aproximó a ese lugar de privilegio. Y eso en un concierto de Estados nacionales varias veces menos numeroso que el actual. El propósito es claro y lo lleva adelante: Exhibir a toda la historia del país posterior a 1916 como una etapa de prolongado e inexorable declive, que ahora él vendría a dejar atrás, de forma definitiva.

En su discurso inaugural a espaldas del Congreso Nacional y de la Asamblea Legislativa allí reunida, Milei citó a quien fuera dos veces presidente para argumentar sobre la necesidad del "sacrificio" que trata de imponerle a la sociedad argentina:

"Será duro. Pero como dijo Julio Argentino Roca, 'nada grande, nada estable y duradero se conquista en el mundo, cuando se trata de la libertad de los hombres y del engrandecimiento de los pueblos, si no es a costa de supremos esfuerzos y dolorosos sacrificios".

El general tucumano pronunció estas palabras en su propia asunción como presidente por primera vez, en 1880. El objetivo del actual mandatario de enlazarse con el supuesto implantador de "paz y administración" en la sociedad argentina resulta transparente.

En la misma alocución el flamante primer magistrado lo calificó como "uno de los mejores presidentes de la historia argentina". El propósito reivindicador es asumido sin matices ni atenuantes.

Algunos seguidores celebraron este pronunciamiento "roquista" del líder de La Libertad Avanza. Una periodista con formación en historia, Claudia Peiró, formuló el deseo de un nuevo alumbramiento del culto a Roca, combinado con el cese de la inconsecuencia de que se lo ataque desde el peronismo:

"No es la primera vez que Milei reivindica al dos veces presidente de la Nación. Y cabe esperar que no sea la última, y que asistamos, a partir de ahora, al fin de la iconoclasia antirroquista, difícil de entender por parte de quienes se dicen nacionalistas. (*Infobae*, 11/12/2023).

El pronunciamiento favorable al "conquistador del desierto" del mandatario no es un gesto individual. Es toda una clase social la que añora al paso del siglo XIX al XX como la época de expansión de la frontera agropecuaria y de pleno dominio del capital sobre el trabajo.

Y del establecimiento de un "orden" a la medida de sus intereses, impuesto sin necesidad de hacer concesiones "demagógicas" a las clases populares. Con fabulosas oportunidades de generar elevadas ganancias, que se abrían en todas direcciones, que tenía en el ya consolidado aparato del Estado nacional a un firme garante y promotor y al poder imperial británico como supremo mentor.

En los años de gobierno del matrimonio Kirchner se cuestionó con fuerza al dos veces presidente, a menudo sin la profundidad conceptual necesaria. Ocurre que, como tratamos de demostrar en nuestros escritos, Roca es *en la realidad* el fundador del Estado argentino

moderno. Y sólo a condición de una ruptura raigal con ese Estado se puede dar carnadura al enjuiciamiento radical de la obra del general tucumano.

La pervivencia de los monumentos, ciudades y calles que lo homenajean entraña la manifestación más palmaria de que el prolongado ciclo "nacional y popular" fustigó al ministro de guerra de Nicolás Avellaneda sin dar por tierra (ni intentarlo seriamente) con los fundamentos económicos, sociales, políticos y culturales que dan sustento a su culto.

¿Acaso la Argentina de "los ganados y las mieses", a la que cantó Leopoldo Lugones en el centenario, no tiene puntos de continuidad con la economía de las *commodities* a alto precio que generó el período de prosperidad posterior a 2003?

El esquema agroexportador nació en el país a partir de la primera generación de grandes actores económicos, con base en la propiedad terrateniente y en entendimiento con el capital británico. Una matriz que sufrió crisis muy profundas y repliegues prolongados, pero nunca perdió su vigencia esencial.

Hoy nos encontramos ante un audaz y gigantesco proyecto de reorganización de la vida de las argentinas y argentinos dentro de los parámetros de una distopía de mercantilización total de las relaciones sociales. Y de libre arbitrio de los más poderosos sobre la vida y destino de las "clases subalternas".

Quieren imponernos un "subordinarse o morir", disyuntiva con resonancias de aquella época para algunos "gloriosa" que transcurrió desde 1880 a 1910. A la que las "ilusiones demagógicas" puestas a caballo de la Ley Sáenz Peña comenzaron a estropear poco después.

"Roca" es hoy una divisa usada para ponerla a contribución de una guerra social contra todas y todos los luchadores por un orden nuevo de igualdad y justicia. Desde el movimiento obrero hasta las movilizaciones preocupadas por el patriarcado, la destrucción ambiental a manos de los capitalistas o la defensa de las comunidades indígenas supérstites.

No en vano los propietarios blancos de las tierras ancestrales mapuche se ponen hoy bajo el auspicio de la figura del "conquistador", para marchar al combate contra las comunidades que quieren recuperar territorios. Ligas de "buenos vecinos" quieren retomar el legado del "héroe", de sometimiento violento del "salvaje".

Nos queda a nosotras y nosotros escoger qué nombres llevamos al frente a la hora de luchar en conflictos sociales cada vez más urgentes y convocantes. Desde Remedios del Valle al "Gallego" Antonio Soto, de Juana Azurduy a Rodolfo Walsh, tenemos nuestros propios héroes. Pero por sobre todo, puede animarnos la herencia de una multitud de luchadoras y luchadores anónimos, que a través de distintas épocas lo dieron todo por sus ideales de emancipación social.

Su memoria se merece una sociedad sin homenajes a Roca. Se impone el compromiso colectivo de apuntar hacia ese ideal. Y de expandir la conciencia social de que el combate ideológico con el ultraliberalismo mercantilizante tiene entre sus aristas el abordaje crítico, sin contemplaciones, de la época histórica que éste pretende reivindicar Un tiempo de profundas desigualdades, de exterminio o reducción a servidumbre de los pueblos indígenas, de represión despiadada contra el naciente movimiento obrero. Y de una subordinación al poderío del capital británico que desmiente por sí solo el carácter de "gran potencia" de la época que se pretende asignar a nuestro país.

-----

Los escritos que aquí se compilan han sido elaborados y publicados entre los primeros años del siglo XXI y el presente. El que en gran medida vertebra esta selección es el primero en el tiempo y por lejos el más extenso. "Roca ante la historia: Puntos de vista acerca de una época". Nació como un ejercicio de crítica historiográfica destinado a formar parte de un libro, *Historia de la crueldad argentina*, libro publicado en Buenos Aires por el Centro Cultural de la Cooperación, en 2006. Recorrimos allí desde las obras de los contemporáneos del general-presidente hasta trabajos recientes, tanto favorables como impugnadores de aquel "orden conservador" cuyos efluvios todavía nos habitan.

La referencia a toda "una época" en el subtítulo, transparentaba el propósito de no ceñirse a un juicio sobre quien llevara "las armas de la patria" hasta el Río Negro sino a expandirlo en dirección a la consideración de conjunto de su clase social a lo largo de todo un período histórico.

Fue un volumen coordinado por Osvaldo Bayer en el que quienes participamos lo hicimos guiados por el reconocimiento al talento y el involucramiento militante del autor de *La Patagonia Rebelde*, quien se hallaba a la sazón empeñado en una vasta campaña de impugnación al conquistador de las tierras del sur.

Una labor que tenía como nodo central a la demanda de que el monumento que le estaba dedicado al general tucumano fuera quitado de su emplazamiento en un punto neurálgico del centro de Buenos Aires, donde lo enmarca una avenida que lleva su nombre y desemboca en la Plaza de Mayo. Y reemplazado por una evocación de la mujer indígena.

El empeño no fue coronado por el éxito, lo que no impidió que quedaran señales y recuerdos de su realización. Una de las tantas fue el libro mencionado y en su interior el artículo que hemos revisado para su reedición en esta oportunidad.

Otros de los trabajos que hoy ponemos de nuevo a consideración pública, fueron reelaborados a través del tiempo, hasta arribar a versiones finales emitidas desde 2021 a la fecha.

Son tres escritos breves, que se podrían definir como "de circunstancias" en tanto que se refieren a discusiones de actualidad en torno a la figura que nos ocupa y su tiempo. Y que adquieren una dimensión social concreta al vincularse con la lucha actual del pueblo mapuche en torno al suelo ancestral. Y al propósito de los actuales dueños de la tierra de volver a reducirlos al silencio y la marginación.

Incorporamos asimismo un comentario sobre el más reciente libro de Marcelo Valko, un persistente investigador y crítico de lo referido al genocidio indígena y luchador inveterado contra el culto al ejecutor supremo de esa masacre.

Se agrega en carácter de "Anexo" un breve escrito a propósito de la peculiar y sobresaliente tarea de Bayer como historiador, que contiene además una breve referencia a su militancia práctica por modificar la comprensión colectiva de la historia, expresada sobre todo en su particular brega por la "desmonumentación" de Roca.

Todos los artículos son puestos de nuevo a disposición del público prescindiendo de actualizaciones, o de enmiendas que no sean los de algún dato erróneo o de una que otra incorrección gramatical demasiado manifiesta. Así como están creemos que mantienen algo de su vigencia inicial y de la pertinencia de las narraciones y de los análisis que se esbozan en ellos. No hemos soslayado las repeticiones parciales de un texto a otro. Suprimirlas

hubiera aparejado el riesgo de que los distintos artículos vieran afectada su legibilidad o la claridad de sus propósitos.

Caben varios agradecimientos por la colaboración indirecta en la escritura de estas páginas. Podemos resumirlos en tres:

El primero, *post mortem*, al maestro Bayer, inspirador directo de la reflexión crítica sobre las "hazañas" de Roca a lo largo de un prolongado lapso, las nuestras y la de varios otrxs que han sabido hacer aportes más sustanciales que los que aquí se reúnen. Osvaldo, consagrado hacía décadas, brindó espacios y oportunidades a mujeres y varones más jóvenes y en general casi desconocidos. Su generosidad sin límites nos ha dejado un recuerdo imborrable.

Luego, nos resulta imprescindible la mención de Miguel Mazzeo, con quien compartimos durante un buen tiempo la inquietud acerca de ese período histórico, reflejada incluso en un libro en coautoría, de escasa circulación en su momento y sólo recordado por unos pocos en la actualidad, *Estado y administración pública en la Argentina: análisis de su desarrollo en el período 1880-1916*, publicado en 1999. Miguel fue asimismo motor decisivo de mi participación en el volumen grupal sobre "la crueldad argentina" que antes mencionáramos.

Por último, debo recordar a todas y todos mis colegas de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (Fisyp), con quienes compartimos debates y pasiones desde hace décadas. No hago nombres, por su indeseado y habitual correlato de omisiones. Y porque suelen quitar relieve a un trabajo colectivo desplegado en un pie de igualdad. Recibieron mi propuesta inicial de esta publicación con sincero entusiasmo. Y ahora han sido decisivos para que esta pequeña edición vea a la luz, por ahora en formato digital.

#### Roca ante la historia

#### Puntos de vista acerca de una época\*

En este artículo trataremos de brindar un panorama de cómo se ha recordado, analizado, debatido a Julio Argentino Roca en la Argentina, abarcando tanto escritos de calidad historiográfica como otros que más bien desplegaron el registro de la "conmemoración" o el homenaje. Incluye también un examen de algunas acciones del poder público que apuntalaron una determinada interpretación sobre el personaje, sus acciones y la época histórica que le tocó vivir.

No nos hemos detenido en cambio, en los testimonios de protagonistas y testigos de la época, porque nos interesaba centrarnos en el juicio histórico; el que se formula con cierto distanciamiento, o al menos con la pretensión de poseerlo. Y no en las polémicas que, a favor o en contra del personaje y sus políticas se desplegaron en la prensa periódica, en el Parlamento o en otros ámbitos de discusión pública en el mismo momento de su actuación.

Por cierto, nuestro examen no abarca el total de lo que se ha escrito en torno a la actuación pública de Roca, y del contexto inmediato que la rodeó, ni un detalle de todos los esfuerzos dedicados a la "construcción de la memoria" sobre su figura. Discutirla es de un modo u otro debatir una época, la de los treinta años en que su influencia política mantuvo un peso decisivo, sin que se pueda excusar alguna incursión en la etapa "preparatoria" en la que todavía como un cuasi anónimo oficial del ejército, cimentó su rápido ascenso a posiciones de poder.

Los años que van desde la "conquista del desierto" y los prolegómenos de la guerra civil de 1880 hasta la aprobación de la Ley Sáenz Peña han sido iluminados de maneras diversas y muy a menudo opuestas. Hay quien se refirió al lapso 1880-1910 como el de *El progreso Argentino*<sup>1</sup> mientras otros prefirieron identificarlo con "la era de la oligarquía". <sup>2</sup> Y no se trata por cierto de buscar conciliaciones o "justos medios".

Según el punto de vista social, cultural, historiográfico que se adopte, el "expedicionario al desierto" puede merecer el más amplio reconocimiento o el más rotundo de los rechazos. Se trata, en todo caso, de saber diferenciar entre los diferentes enfoques, y procurar comprender los supuestos que subyacen a cada uno de ellos, las lógicas, a menudo implícitas, que se conjugan para llegar a resultados tan dispares.

Se procurará aquí proporcionar algunos ejemplos, entre otros posibles, de cómo se arriba a distintas posiciones, del modo en que se construye la fundamentación en un sentido u otro. Y vincularlas, en la estrecha medida posible en un artículo breve, con la apreciación global del período. Lo que equivale a analizar, siquiera someramente, el tipo de factores que se ponen en juego para analizar una época, y hacer algunas consideraciones acerca de la sociedad que apoyó o sufrió la acción del poder que Roca encarnó a la perfección durante al menos tres décadas.

<sup>1</sup> Nos referimos a Roberto Cortés Conde, El Progreso Argentino, Buenos Aires, 1979, una visión panorámica del desarrollo económico de la época.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Entre los historiadores de izquierda, el término "oligarquía" fue utilizado con profusión por Milcíades Peña. Rodolfo Puiggrós tituló *Pueblo y oligarquía*, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1965, al libro que trata el período que nos ocupa.

<sup>\*</sup> La publicación original de este trabajo se efectuó en, Osvaldo Bayer (coord.) *Historia de la crueldad argentina. Tomo I. Julio Argentino Roca*. Ediciones del CCC. Buenos Aires. Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini.", 2006. Ha sido revisado y corregido para esta edición.

#### Los comienzos.

La procedencia familiar de Roca se presenta a menudo en tono de exaltación, sobre todo a través de la figura de su padre, el coronel José Segundo Roca, guerrero de la Independencia y "pobre", en tanto se afirma que vivía básicamente de sus sueldos militares, siempre escasos y a menudo impagos. Lo a veces encubierto y a menudo explícito es que el presidente sería el digno "retoño" de su padre heroico. El capítulo dedicado a la procedencia familiar en una biografía reciente se titula "Pasta y herencia de héroe"<sup>3</sup>. También se presta atención al entorno más amplio, ligado a familias económica y políticamente influyentes, también integrantes de su parentela, como los Paz, en particular su tío Marcos<sup>4</sup>.

Ese entorno luego se incrementará, cuando ya oficial del ejército elevado tempranamente a altas graduaciones, se case en Córdoba con una mujer miembro de una familia patricia, la de los Funes, lo que le permite emparentar por afinidad o ganar la amistad de los dirigentes de la decisiva provincia mediterránea. <sup>5</sup>Será sobre el basamento de ese prestigio derivado de relaciones sociales, y no sólo de la fama ganada en los campos de batalla, que el ministro de Guerra y luego presidente será acogido con los brazos abiertos en elevados círculos de la propia "sociedad" porteña, comenzando por el riquísimo Diego de Alvear, que como recuerda un biógrafo, ofreció en 1880 un gran baile en honor del flamante Presidente, colocándolo así "... en comunión con lo más granado y representativo de la aristocracia bonaerense..."<sup>6</sup>.

La actuación particular de Roca como hacendado y hombre de negocios, aparece alguna vez como objeto principal de estudio<sup>7</sup>, o en menciones más o menos detalladas. No había heredado tierras de su padre, que al parecer no las tenía, pero llega a conformar una gran fortuna, paralela a la que amasan dos de sus hermanos.

La referencia a sus hermanos Alejandro y Ataliva no siempre ocupa un lugar destacado. Ambos fueron proveedores del ejército, convertidos merced a sus ganancias en ese rubro en prósperos empresarios y hacendados. Tal vez se aluda menos a ellos porque, para quienes tienen miradas benévolas hacia la trayectoria del "conquistador del desierto", significa entrar en terreno resbaladizo, susceptible de revelar superposiciones y contradicciones entre intereses públicos y privados. Y de ligar de modo innegable el enriquecimiento individual y familiar con la detentación del poder político, cuando no el uso de la riqueza para afirmarse en éste.

Una de las excepciones es la biografía novelada de Félix Luna, que hace referencia al enriquecimiento familiar, si bien relativiza la centralidad de la búsqueda de riquezas desde

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Félix Luna *Julio A. Roca*. Buenos Aires. 1999, p. 7.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Marcos Paz fue primero gobernador de Tucumán, y luego vicepresidente de la Nación en el período de Bartolomé Mitre, durante el cual falleció.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> cf. David Viñas. *Indios, Ejército y Frontera*. 2° edición. Buenos Aires. 2003 (1° edición, 1982)., p. 25, y Miguel Angel Cárcano. *El Estilo de Vida Argentino, en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*. Buenos Aires. 2° edición. 1971 (1° ed. 1969).

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Armando Braun Menéndez. *Roca. Las dos presidencias*. Buenos Aires. 1990 (Reedición de dos monografías del autor incluidas en la *Historia Argentina Contemporánea*, de la Academia Nacional de la Historia), p. 29.

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup> José María Prado, "El General Julio Argentino Roca. Hacendado y arboricultor en la provincia de Buenos Aires." Separata del IV Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina. Mendoza y San Juan 7 al 9 de noviembre de 1977. Buenos Aires, 1986.

el poder entre los impulsos que animan a Roca.8 Otra es la obra de Alfredo Terzaga, que narra brevemente como el hermano mayor Alejandro, ayudado por Ataliva, comienza como proveedor minorista durante la guerra del Paraguay, para labrar una fortuna que le permite adquirir tierras en el sur de Córdoba y acudir en auxilio financiero de los empeños políticos del más destacado de los hermanos. Este autor justifica el origen de esas riquezas con un argumento peculiar, ya que las refiere al nutrido "aporte de sangre" de la familia en la campaña de la Triple Alianza (donde murieron otros dos hermanos, Marcos y Celedonio, además del padre, José Segundo), lo que al parecer volvería irreprochable una suerte de "resarcimiento" en el campo comercial. 9

En general puede afirmarse que, salvo en los enfoques más críticos, no aparece la clara ubicación del vínculo entre su origen e inserción social y el tipo de políticas que llevó adelante. Cuando se habla de sus propiedades rurales, es para destacar su carácter de hacendado dedicado y "moderno", preocupado por los adelantos técnicos. Y empeñoso en el cuidado de sus campos<sup>10</sup>. O para presentarlo como un propietario laborioso dedicado a la plantación de árboles, al embellecimiento del "casco" de las estancias, y a la lucha contra el bandidismo rural. 11

El hecho es que el teniente general llegó a ser un importante estanciero, con propiedades en Buenos Aires, adquiridas en gran medida sobre la base de una recompensa del gobierno provincial por el territorio incorporado a esa jurisdicción mediante la campaña de 1879. Y también propietario en Córdoba, habiendo intervenido en la adquisición de sus inmuebles cordobeses tanto la herencia de su hermano Alejandro, como los bienes recibidos a través de su matrimonio.

En un breve pasaje de un libro dedicado a la trayectoria de conjunto de la clase alta de la región pampeana, encontramos quizás el análisis más comprensivo de la incorporación de Roca y sus familiares a un estamento terrateniente a la que no pertenecían por su nacimiento. El autor afirma que el "conquistador del desierto" "... estuvo entre los primeros hombres del interior en seguir este camino..." en referencia a la senda que fusionaba los intereses económicos de parte de las elites de las provincias mediterráneas con los de las clases altas pampeanas. 12

Roca pertenecía a la clase alta por linaje, pero no por propiedad inmobiliaria, pero se convertirá, como ya escribimos, en un importante estanciero, con una base que "en lo fundamental le proporcionó el propio Estado bonaerense...", directamente en su persona, o el nacional, a través de su hermano Ataliva o su hombre de confianza, Ignacio Sánchez, en el territorio de La Pampa, incluyéndolos entre los beneficiarios de una ley federal. 13 De atenerse a esta afirmación de Roy Hora, queda desdibujado el rasgo de "pulcritud" institucional del presidente, quien se excluyó de la lista de beneficiarios de la "ley de premios".

Luna le hace decir en su novela: "Como un acto de justicia promulgué en 1885 la ley que otorgaba tierras a los jefes, oficiales y soldados participantes en la Conquista del Desierto. Hubo un solo excluido: yo mismo." <sup>14</sup>Nótese la ironía, con toda probabilidad involuntaria, que contiene la afirmación; al ser sólo él excluido quedaban habilitados parientes y testaferros.

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> Félix Luna, Soy Roca, 1º edición. Buenos Aires. Planeta, 1989

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> Alfredo Terzaga. Historia de Roca. De soldado federal a Presidente de la República. Buenos Aires. Tomos I v II. 1976. Tomo 1, p. 182.

<sup>&</sup>lt;sup>10</sup> M. A. Cárcano, op. cit, p. 83-84.

<sup>&</sup>lt;sup>11</sup> J. M. Prado. op. cit, p, 618 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>12</sup> Roy Hora, Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política. 1860-1945. Buenos Aires, 2002, p. 90.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> *Idem*, p. 91

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup> F. Luna, op. cit. 1989, p. 195.

Se hace sentir hasta hoy la falta de un examen riguroso y detallado de las estrategias que permiten a Roca elevarse en el plano social, a través del engarce entre sus vínculos personales y familiares con su actuación política y militar. Y un examen pormenorizado del modo en que utiliza las relaciones consanguíneas, el matrimonio y los vínculos amistosos para cimentar en la esfera privada una situación y una trama de relaciones que le será de vital utilidad en la construcción de su figura pública. Tal vez no hubiera sido presidente sin las relaciones cordobesas que contribuyen a encumbrarlo, desde su concuñado Miguel Juárez Celman a un amplio círculo al que también lo acerca su matrimonio con Clara Funes .

Su actuación militar aparece generalmente como la preparación para sus "altos destinos". Eso desde el temprano episodio recordado por algunos de sus biógrafos, en el que luce como adolescente teniente de artillería, negándose a la retirada en el campo de batalla de Pavón hasta último momento, aun en contra de las instancias de su padre, combatiente también en esa batalla.<sup>15</sup>

Varios autores esgrimen la idea de que ese hombre contrario a todas las revoluciones y sublevaciones, enrolado con el estado nacional en todas las guerras, desde Cepeda hasta Los Corrales, que nunca se niega a marchar contra ningún rebelde, sea quien fuera, asienta en esa conducta las bases para transmutar el conocimiento y la eficacia militar en poder y prestigio en el campo político.

De hecho no necesita para perfilarse rápido actuar en ningún partido, ni ocupar cargos legislativos o de otro tipo, ni desempeñarse en el periodismo o la literatura. Su único puesto fuera del escalafón militar antes de arribar a la Presidencia será el de ministro de Guerra. Al que asciende en tanto que general invicto, y ocupante exitoso de una de las principales comandancias de frontera.

En esa visión, ha centrado su mira en la frontera y en el indio a través de la experiencia y el conocimiento recogidos en sus funciones militares, en particular la permanencia de varios años en comandancias de frontera. Y madura desde allí la concepción de que se debe suprimir la frontera interior sometiendo o exterminando a los indígenas. Con ese proyecto llega al ministerio en 1877. Y con la realización del mismo a la Presidencia de la Nación, a los 37 años.

Tulio Halperín Donghi analiza esta porción de su carrera de un modo sucinto y eficaz. Su llegada al "puesto más alto del sistema político argentino" habría sido preparada sabiamente a lo largo de su trayectoria

"...que lo había revelado servidor eficacísimo de ese Estado en los campos de la guerra externa y la lucha civil, y a la vez agente igualmente eficaz de los sucesivos presidentes en el laberinto de una política provinciana cada vez más afectada por su progresivo entrelazamiento con la nacional." Tanto el trazado de la Liga de Gobernadores, como la preparación de la Conquista del Desierto "... estuvieron a su alcance gracias a las posiciones cada vez más elevadas que su constante destreza y su pasada subordinación a las inspiraciones de lo alto le habían permitido ir conquistando en el aparato estatal." <sup>16</sup>

El episodio culminante: La conquista del desierto

Las miradas favorables hacia Roca se cimentan siempre en el elogio a la llamada "conquista del desierto", en muchos casos a partir de describir la situación previa de acuerdos y provisión de víveres a las tribus pampeanas, como una capitulación del Estado

<sup>&</sup>lt;sup>15</sup> Cf. entre otros, Aurora Mónica Sánchez, *Julio A. Roca*. Buenos Aires 1969, p. 81.

<sup>&</sup>lt;sup>16</sup> Tulio Halperín Donghi. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires. 1992, p. 139.

nacional, aun débil para imponer plenamente su autoridad. Varios autores insisten con parecido énfasis en que la política previa con el indígena era una suerte de humillación nacional reiterada en los diferentes "tratados de amistad", en cada provisión de víveres, en toda distinción o grado militar otorgado a caciques indígenas. Un ejemplo elocuente es el de Octavio R. Amadeo:

"Pobre y humillada, la República compraba la paz al indio, haciendo generales a salvajes hediondos, los trataba de Usía, les enviaba embajadores y presentes como a reyes." <sup>17</sup>

En sus visiones no era nada bueno que la civilización pactara así con la "barbarie", y por tanto el posterior acto de conquista sería un capítulo insoslayable de la afirmación de la dignidad nacional, y del fortalecimiento del Estado argentino. El poder nacional puede por fin abandonar el trato formalmente de igual a igual con quienes debieran ser sus obedientes subordinados. La "conquista" por obra de Roca terminaría con esa práctica entendida como anómala y degradante por parte del poder político. Se debía imponer el sometimiento definitivo, la disciplina del trabajo para los "indios pacíficos", y la de la cárcel o la obligación militar, para los díscolos o siquiera reacios a adaptarse al nuevo orden.

Aparece así como el redentor de la República, sometida a los "salvajes" hasta ese momento, a los que se reprocha hasta el "olor a potro". La mirada negativa sobre el indígena suele ser un práctico complemento de la exaltación de la "conquista" y de su comandante. Esta suerte de simetría llega al extremo en un temprano biógrafo, volcado a una desenfrenada apologética, que carga al mismo tiempo los peores tintes sobre las tribus indias:

"Él combatirá, renovando grandezas de glorias, al ejercer imperio natural sobre chusma cobarde y alevosa, a los jefes de los ranqueles, de esos descendientes de aquellos araucanos (...) en los cuales el robo, asesinato, bravura, astucia y todos los delitos clasificados entre los monstruosos en antropología criminal, estaban en razón directa a los más repugnantes instintos de reptiles que envenenan, matan, roban y se ocultan en asquerosas e infectas cuevas." <sup>18</sup>

Del criminal "nato" de matriz lombrosiana <sup>19</sup> al "monstruo", la escala aplicable a los originarios pobladores de la Pampa desciende en el mismo párrafo al nivel de los vertebrados inferiores, sumiéndolos en la completa deshumanización en procura de inspirar repulsión.

Un cabal ejemplo de mirada más que benévola de la "conquista" es la biografía que le dedica al general Augusto Marcó del Pont, que titula "La Espada colonizando y civilizando" el capítulo dedicado a la ocupación militar de la Pampa. No puede ser más claro. Esa "Espada" merecedora de mayúscula inicial, convierte su función bélica en derrotero de progreso. Y afirma

<sup>18</sup> Manuel J. González, Vida del Teniente General Don Julio A. Roca, Buenos Aires. 1914, p. 55

<sup>&</sup>lt;sup>17</sup> Octavio. R. Amadeo, *Vidas Argentinas*, Buenos Aires, 7<sup>a</sup> edición, 1945, p. 28.

<sup>&</sup>lt;sup>19</sup> Por las ideas de Césare Lombroso, criminalista italiano que actuó en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, fundador de una 'antropología criminal' que acentuaba hasta el extremo la idea del origen biológico del comportamiento delictivo, que se manifestaba incluso en los rasgos físicos, y marcaba un condicionamiento irreversible, desde el nacimiento. Exponía estas ideas, entre otras obras en *L'uomo delinquente* (1889)

"Estaba reservada a Roca, la gloria de proyectar, ejecutar y dar cima, a la empresa que una vez por todas, sometiese la pampa a la ciudad, lo inculto a lo civilizado y extendiese sobre las "tierras malditas", el doble riel del progreso."<sup>20</sup>

Leopoldo Lugones, que se ocupará de la biografía de Roca con un fuerte sesgo hacia la exaltación de su actuación militar sobre cualquier otro rasgo, caracteriza así a la empresa:

"...la idea del ataque a fondo, para suprimir la frontera y la beligerancia con el salvaje; la anulación de este último, no sólo como enemigo, sino como obstáculo al progreso nacional; la marcha paralela para arrollarlo de frente y cerrarle a la vez la escapatoria andina (...) eso sí, fue obra de Roca."<sup>21</sup>

En años más recientes, Isidoro Ruiz Moreno, en publicación destinada a la conmemoración del tránsito del "ochenta" al Centenario, califica a la campaña de 1879 como "espléndida y vasta operación" que pone fin a un conflicto de siglos "con el indio cruel y depredador".<sup>22</sup>

Roca es exaltado una y otra vez como el visionario que concibió la operación que muchos otros juzgaban inviable, destinada a demorar siglos. El que cambió la táctica del enfoque a la "defensiva" y "provincial" de Alsina, a una de proyección "nacional" y "ofensiva", como afirma el citado Amadeo. <sup>23</sup> En ocasiones se la compara incluso con una cacería, que habría atacado a los indios en sus "guaridas".

Al balancear sus resultados, las ventajas encontradas por autores de esta línea son muchas, y no siempre centradas en las leguas de tierras fértiles incorporadas a la economía nacional o en el coto puesto por la ocupación efectiva a las pretensiones territoriales chilenas, sino también se rescata su valor simbólico, llegándose a señalarla como un acto fundante de la "nación" argentina, como en un libro editado por el Círculo Militar en 1969:

"Lo que realmente vale en Roca es el haber comprendido que la conquista del desierto era la obra que daría solidaridad y cohesión interna a nuestra Nación anarquizada y sectorizada por las luchas internas y políticas." <sup>24</sup>

Hay autor que valora a la "campaña del desierto" como el hecho que da completitud a la guerra de independencia, <sup>25</sup> y coloca "a quien la sugirió e, inmediatamente, le dio cumplimiento (...) entre los próceres de la nacionalidad". <sup>26</sup>

En general son miradas que no ponen en tela de juicio el propósito material de apropiación concentrada de la tierra cultivable que animaba la campaña, ni la ideología de "progreso" teñida de racismo, que contemplaba la existencia de una "civilización" que se identificaba a secas con el capitalismo, con derechos adquiridos sobre los bienes y hasta las personas de los pueblos situados por fuera de ella.

En el campo del revisionismo histórico más o menos "clásico", en cambio, la mirada sobre Roca es más bien desfavorable, asociándolo a la "oligarquía" en su política probritánica, y marcando una relativa continuidad con la época precedente. Pero las críticas no abarcan a la ocupación territorial, a la que suelen ver como una necesidad histórica, y una afirmación de la soberanía nacional. En esa línea se mueve Ernesto

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> Augusto Marcó del Pont, *Roca y su tiempo. Cincuenta años de historia argentina*, Buenos Aires, 1931, p. 115.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> Leopoldo Lugones. "La Personalidad del General Roca. Conferencia dada en el Prince Geoge's Hall. el 31 de mayo de 1926. por los señores General de Brigada Don Alonso Baldrich y Capitán de Guardias Nacionales Don Leopoldo Lugones.", Buenos Aires, 1926, p. 31.

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup> Isidoro F. Ruiz Moreno, "La primera presidencia del General Roca", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo. *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires, 1980, p. 134.

<sup>&</sup>lt;sup>23</sup> O. R. Amadeo, *op. cit*, p. 29.

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> A. M. Sánchez, op. cit, p. 443.

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup> José Arce, *Roca 1843-1914*. *Su vida-Su obra*. Buenos Aires, 1960, p. 37.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup> *Idem*, p. 75.

Palacio, que visualiza la continuidad a la distancia con la campaña de Juan Manuel de Rosas, alcanzándose esta vez el éxito en la tarea de arrebatar a los "salvajes" los territorios del sur. La población indígena es considerada como un "flagelo" que había que "eliminar", destacando además la idea de que los indígenas servían a los intereses chilenos. Resulta llamativo que, si bien Palacio califica el desempeño de Roca como gobernante y conductor político de "entregador" y "corruptor" y lo asocia al perfeccionamiento del "estatuto de factoría", que es como denomina al pacto neocolonial basado en el perfil agroexportador del país, coincide casi a pie juntillas con los panegiristas, en la apreciación de los hechos de 1879. No vincula la apropiación del "territorio indio" con la expansión de la propiedad terrateniente, el posterior crecimiento de la producción exportable, y la consiguiente consolidación del "estatuto" al que hace referencia.

Más escéptico es el acercamiento de José María Rosa, que tratando en una obra de historia general un período histórico que no fue mayormente objeto de su dedicación, prefiere destacar el escaso contenido militar de la "conquista". La trata como una suerte de mascarada lanzada sobre los restos ya derrotados de las tribus, esgrimida como advertencia frente a las pretensiones de Chile, y erigida en instrumento del encumbramiento político de su comandante, por medio de un "aparato militar que deslumbrase tanto en Buenos Aires como en Santiago de Chile".<sup>29</sup>

Una mirada particular es la de la "izquierda nacional". El decano de esa tradición, Jorge Abelardo Ramos, bajo la invocación de la tradición socialista y marxista, encuadra el grueso de la actuación de Roca, "conquista" incluida, en la entronización de una perspectiva "nacional" enfrentada a los intereses de la "oligarquía" porteña.

El general tucumano aparece como representante de un "patriciado" provinciano, opuesto al orden instituido después de Pavón, menos influido por ideologías cosmopolitas que la clase alta porteña, cuyo ideario define como liberalismo sí, pero adjuntándole los adjetivos de "nacional" o "patriótico". El sometimiento de los indígenas se inscribe en esa lógica interpretativa, y lo conduce a un elogio que poco se diferencia del de los biógrafos e historiadores de orientación claramente liberal que escribieron sobre el tema. Así destaca la incorporación de tierras al circuito económico, el avance de la línea de fronteras, y la enorme fuente de recursos abierta para antiguos y nuevos estancieros. El reparto de tierras no es cuestionado, porque no beneficiaría a la "oligarquía" sino a los jefes militares y a propietarios rurales ajenos a la casta "porteña". 30

Ramos considera que no cupo otra solución que la militar. Y afirma que la masacre de indígenas, cuya existencia no niega, no tiene comparación, en su magnitud y alcance, con la anterior, cometida contra el "gauchaje". En esta posición de condena a la represión de las montoneras federales y de amplia justificación de la aplicada a los indígenas, puede descubrirse una importante fisura: Roca, durante casi dos décadas, ha participado activamente en las operaciones contra montoneras y alzamientos federales, sus grandes victorias en el campo de batalla de las guerras civiles, salvo la de Santa Rosa<sup>31</sup>, han sido

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup> 27 Ernesto Palacio. *Historia de la Argentina* tomo II. 1835 en adelante. 6° edición. Buenos Aires. 1973, p. 249.

<sup>&</sup>lt;sup>28</sup> Idem, p. 250.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> José María Rosa, *Historia Argentina*, t. VIII, El régimen, 1878-1895, Buenos Aires, 1981, p. 138.

<sup>&</sup>lt;sup>30</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolucion y Contrarrevolucion en Argentina*, Vol. II. "Del patriciado a la oligarquía. (1862-1904)", 4°. edición revisada, Buenos Aires. 1970, p. 124. En una línea similar, aunque bastante atenuada, se mantiene hasta nuestros días Norberto Galasso, quien si bien reconoce lo condenable de la masacre indígena y señala la apropiación de tierras post-conquista, presenta al tucumano con luces favorables en relación a Mitre, y considera un "equívoco" el identificar al gobierno de aquél con "la oligarquía", Norberto Galasso, "De Avellaneda a Roca. Buenos Aires contra el interior. Libre cambio o proteccionismo." *Cuadernos para la Otra Historia*. N° 14. Buenos Aires. 2000.

<sup>&</sup>lt;sup>31</sup> Santa Rosa es el nombre con el que se conoce la batalla en la que el entonces coronel Roca, en 1874, venció a su antiguo jefe, el general Ignacio Arredondo, partícipe de una insurrección "mitrista", victoria por la cual fue ascendido a general. Con anterioridad, Roca había combatido a "Chacho" Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordán (al que derrotó en Ñaembé), además de su participación en el primer tramo

obtenidas justamente contra el "gauchaje".

El autor no se cuida de ello: Su interés fundamental es el de dibujar una confrontación tan antagónica como invariable entre el "mitrismo" y las fuerzas identificadas de manera más o menos forzada con lo "nacional". Inscribirá la entera trayectoria de Roca en esa lógica, y disimulará invariablemente los vastos ejemplos de conciliación entre ambos, tanto los públicos como los solapados bandos.

No se detiene sobre los nutridos apoyos que concita Roca desde el comienzo entre algunos de los más poderosos terratenientes bonaerenses (lo que es reconocido y celebrado por el propio tucumano en su correspondencia),<sup>32</sup> ni el inmenso papel que juega la "campaña del desierto" y su continuidad patagónica en la distribución de las tierras y en la consolidación del poder terrateniente. Desdeña por "ridícula" cualquier tentativa de considerar al general tucumano y sus seguidores en la vaga concepción de "oligarquía", y así queda fuera de cuadro cualquier planteo de sustancial identidad de clase entre el orden fundado en Pavón y el emergente en 1880.

Un abordaje similar al de Ramos es el realizado por Alfredo Terzaga, en un trabajo extenso y documentado, en el que sigue la trayectoria de Roca hasta 1880 El mismo quedó inconcluso por la muerte del autor. En Terzaga se notan menos vestigios de una perspectiva marxista que en Ramos y una orientación historiográfica menos inmediatamente condicionada por el debate político. Hay un interés mucho mayor sobre el tema específico, a través del cual la campaña es leída en clave "geopolítica" como un momento culminante en la conformación argentina como nación, con la apertura de la posibilidad de "crecer hacia adentro" y la supresión de una "llaga" secular, tal como define a la existencia de una "frontera interior" 33

A partir de una visión de las comunidades indígenas como "raza inferior", considera justificada en términos históricos su desaparición, que hubiera ocurrido de todas formas, por el exterminio militar o por los efectos del alcoholismo y las epidemias como, afirma, se ha comprobado "una y mil veces" a lo largo de la historia.<sup>34</sup>

Dentro del campo de la izquierda que se reclama como perteneciente a la tradición marxista, el tratamiento de Milcíades Peña se revela diametralmente opuesto al de Ramos y Terzaga, estando incluso su escritura surcada con frecuencia por la polémica directa contra el primero. Para Peña, Roca es, en lo sustancial, un continuador de Mitre y aún de Rivadavia. Será el realizador del plan de la burguesía porteña, de integración de las provincias una vez domeñadas las resistencias a la política "oligarquica":

La carrera política de Roca se halla evidentemente ligada a su éxito como conquistador del desierto y liquidador del problema indio. Pero la conquista del desierto sirvió para consolidar a la oligarquía y acrecentar su poderío, de modo que Roca resulta el ejecutor consciente de una política oligárquica y un verdadero héroe de la oligarquía." (...) "Recuérdese que en 1875 la frontera estaba en algunos puntos a menos de 300 kilómetros de la Capital. Y esto tenía una doble consecuencia. Por un lado, faltaba espacio en todo el país, y sobre todo en la provincia de Buenos Aires y no se contaba con campos para expandir la producción ganadera." 35

\_

de la guerra del Paraguay.

<sup>&</sup>lt;sup>32</sup> Escribe Roca a Juárez Celman, en una carta reproducida parcialmente por su biógrafo Jorge Newton, sin mencionar su fecha: "...han concurrido numerosos elementos mitristas que simpatizan y trabajan con ardor por mi candidatura. (...) el núcleo de Ezequiel Paz, los elementos de Unzué, Lezama y muchos otros ricachos, antiguos mitristas." Jorge Newton, *El general Roca, conquistador del desierto*, Buenos Aires, 1966, p. 66.

<sup>&</sup>lt;sup>33</sup> A. Terzaga. *op. cit*, II, p. 155.

<sup>&</sup>lt;sup>34</sup> A. Terzaga, *op. cit.* II p. 178.

<sup>&</sup>lt;sup>35</sup> Milcíades Peña, *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglo-criolla*. 3° edición. Buenos Aires. 1975, pp. 77 y 78.

En esta visión, Roca es más bien el dirigente máximo de un proceso de unificación y "nacionalización" de la clase dominante, que sutura el eje porteño-provinciano que la dividía, y construye un poder nacional que logra beneficiarlos a todos. La Conquista del Desierto le otorga nuevas tierras a la mitad de las provincias argentinas entonces existentes, incluyendo la de Buenos Aires, amén de dotar al Estado Nacional del reservorio convertido a poco andar en una serie de "territorios nacionales".

La carrera político-militar de Roca hasta 1880, adquiere coherencia, para Peña, en la encarnación orgánica por aquel de los intereses de la "oligarquía", lo que lo lleva a combatir por décadas todas las manifestaciones de autonomía por parte de las clases subalternas, incluyendo a los indígenas en ese conjunto. Y a recibir el apoyo de muchos de los más caracterizados terratenientes porteños, tanto a la hora de la expedición militar como para la candidatura presidencial lanzada apenas culminada aquélla.

La contraposición Buenos Aires-Interior es relativizada por Peña. La reemplaza como objeto de atención por una divisoria de aguas basada en el enfrentamiento de clases, en la que la pertenencia geográfica importa menos que la inserción social. En esa línea la ocupación de las "tierras del sur" se perfila como una empresa "nacional", en tanto se la entienda como episodio fundamental de un proceso de consolidación y articulación de los sectores dominantes locales en una clase capitalista extendida por todo el territorio.

Pocos años después de los trabajos de Peña, Luis Franco presenta a la ocupación de las tierras del sur como una etapa en la entrega de la propiedad agraria al poderío terrateniente, o como él lo denomina, "la oligarquía nacional y a sus corresponsales de extramuros". Lo señala como un proceso histórico iniciado por Rosas, continuado por Mitre y coronado por Roca y sus sucesores. Y le asigna la mayor gravitación histórica del hecho, en tanto que condición de posibilidad de la expansión de la propiedad y la explotación agropecuaria a nuevos territorios, llegando incluso a calificarlos como "el acontecimiento más trascendental de nuestra historia..." 36

Invierte la valoración tradicional, al enfatizar que el robo, la violencia, la negación de todo derecho, se sitúan "aquende las fronteras", haciendo que la moral de la "civilización" no resultara ni un ápice superior a la "barbarie" indígena.<sup>37</sup>

Si se busca una crítica radical a la "conquista del desierto" que esté acompañada de un exhaustivo estudio del tema, en particular en su reflejo en la atmósfera ideológica de la época, quizás la primacía le corresponde al trabajo de David Viñas, *Indios, ejército y* frontera.

Viñas parte de la clara inscripción de la lucha contra el indio en la lógica del latifundio, fortalecida en la etapa por las perspectivas de integración más lucrativa al mercado mundial, y por el tránsito hacia un mercado nacional único, bajo la dirección de un poder político centralizado; es lo que el autor denomina "la inserción definitiva en el proyecto mundial capitalista". En ese cuadro, el general Julio A. Roca incorporaba "el punto de inflexión" de la alianza de la clase dominante con un ejército de creciente poder de decisión. 38

El juego de una modernización basada en el estricto respeto del núcleo tradicional del poder, es colocado por el autor como una de las claves de la empresa político-militar del general Roca. Éste traspasa la línea de fronteras consolidada durante el predominio de Mitre, en una operación que articula la definitiva superación de un arcaísmo de "rezagos virreinales", inscribiéndose en una modernidad que califica de "peculiar", por estar al servicio del "hegemonismo tradicional del gran latifundio bonaerense". De una manera próxima a la que vimos en Peña, la continuidad sobrepasa a los elementos de ruptura en

<sup>38</sup> David Viñas, op. cit, p. 19.

<sup>&</sup>lt;sup>36</sup> Luis Franco, *Los grandes caciques de la pampa*, Buenos Aires, 1967, p. 7.

<sup>&</sup>lt;sup>37</sup> *Ídem*, p.66.

el tránsito de la era de Mitre a la plena constitución del "orden conservador". 39

Sobre el doble pedestal de la ocupación triunfante de nuevas tierras y de su red de relaciones con las oligarquías provincianas, el general Roca va a anudar la alianza entre la clase dominante bonaerense y la del resto del país. Buenos Aires y el resto de la zona pampeana aportarán los bienes exportables, el resto de las provincias proveen el sustento político expresado en la Liga de Gobernadores. La marcha hacia el Sur presupone, para Viñas tanto un acuerdo con el "latifundismo exportador" como la conformación de una "coalición de oligarquías provincianas".<sup>40</sup>

En lo ideológico, Viñas le da especial relieve a la impronta positivista imperante, entendida en el sentido amplio de cientificismo, culto al progreso, evolucionismo darwinista aplicado a lo social, racismo en la clave de Gobineau<sup>41</sup>, etc. Vale la pena transcribir el párrafo en que se despliega la multiforme caracterización de esa configuración ideológica:

"Su positivismo se manifestaba, sobre todo, en su severa economía de tácticas: monopolio de las tierras expropiadas a los indios, capitalización de un prestigio pulcro obtenido sobre los desmanes de sus subalternos, centralización, conservadurismo modernista, feroz "homogeneización racial", fuerte estatización, sintonización con los ritos del capitalismo mundial, nacionalización de las oligarquías provinciales y del ejército frente a las milicias locales, reafirmación de fronteras, articulación de los ferrocarriles, los telégrafos y el puerto único." <sup>42</sup>

Ese "prestigio pulcro" construirá la legitimidad de Roca, lo exaltará a un lugar diferente al de mero constructor de intrigas políticas. El ascenso del apodado "zorro" se basaba en que había sabido mostrarse como "león" en el momento de su consagración. Mostró un liderazgo fuerte al servicio de la proyección de la milicia a la política que representaba la detentación del ministerio de Guerra, y la rápida y eficaz implementación del corrimiento de la frontera.

Viñas reitera la alusión a la "pulcritud" en la modalidad adoptada por el avance sobre el Río Negro, de la marcha pacífica y veloz emprendida hacia Choele Choel, para ser inmortalizada por el pincel de Blanes. Ha habido sangre y muerte inmediatamente antes, la habrá después, vía las operaciones de Conrado Villegas ya en tierras patagónicas. Pero el episodio central, el avance de la columna comandada personalmente por el ministro de Guerra, destinado al sitio más destacado en la tela y en el bronce, parece un canto a la eficiencia indolora.

Luego se criticó la poca presencia de lo bélico, pero en realidad ese carácter incruento formó parte del tinglado de apariencia "civilizadora", como una escenografía magnífica, negadora en sí misma del exterminio apenas subyacente:

"Si 1879 surge como la pulcra culminación de la conquista de la Patagonia, pese a las campañas devastadoras que se prolongan hasta 1885, y el general Roca como la figura condensadora del ejército

<sup>40</sup> *Ídem*, p. 25.

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup> *Ídem*, p. 20.

<sup>&</sup>lt;sup>41</sup> Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882) fue un filósofo francés que siguió un sendero precursor en cuanto a dar bases "científicas" al racismo. Su obra más celebrada fue *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Ya aparecía allí la superioridad de la raza "aria" sobre el resto de la humanidad y la idea de que en el área nórdica se encontraba el tipo más puro de la misma.

<sup>42</sup> Íbidem.

<sup>&</sup>lt;sup>43</sup> Juan Manuel Blanes, pintor uruguayo, fue el autor de un cuadro titulado *La Conquista del Desierto*, en el que se representa al comandante en jefe y sus lugartenientes en la expedición; en compañía de soldados, paisanos e indios anónimos, todos apenas llegados a las márgenes del Río Negro. La pintura fue encargada para dejar perpetuado en el lienzo el momento culminante de la campaña de 1879.

argentino que lidera esa empresa en estrecha articulación con los latifundistas agroexportadores y, mediatamente, con las tendencias más agresivas del imperialismo, correspondería situar a esos componentes en el cruce de una serie de coordenadas para su comprensión más precisa." 44

De ese encuadre socio-cultural de la "conquista", se desplaza a la condena de la masacre, a la que considera en su gravedad, independientemente de su reflejo estadístico. Escribe a principios de la década del 80' de nuestro siglo, y la continuidad esencial entre dos matanzas cometidas sobre territorio argentino, a la distancia de un siglo, aflora a la superficie del texto, ya que ambas obrarían de recordatorio de que "las buenas maneras del estado liberal desaparecen frente a auténticos cuestionamientos históricos". 45

El vínculo entre ambos momentos históricos queda a su vez dibujado en sus trazos iniciales, cuando se destaca el encadenamiento entre el rechazo del indio, en nombre de los valores de la civilización europea, y el posterior del inmigrante contestatario, en nombre de sus "apellidos impronunciables" y sus "ideologías extrañas". <sup>46</sup> La coherencia argumental se torna más que endeble, pero permanece incólume, la continuada subordinación del discurso a los intereses de clase. El equivalente del "malón" en el 900, con Roca todavía en el poder, ya no provendrá de Carhué o Salinas Grandes, sino de los conventillos de la Boca o las fábricas de Nueva Pompeya.

#### La apropiación de la tierra

La campaña al Río Negro, las que la completan en la Patagonia, y la del Chaco, concretan una gigantesca incorporación de tierras al dominio de la clase terrateniente. Ingresan al dominio efectivo del Estado argentino. Y a corto plazo se integran en el espacio económico capitalista territorios más amplios que todo lo ocupado con anterioridad.

No habrá, empero, colonización ni distribución de tierras en parcelas moderadas. Desde antes de la campaña al Río Negro, queda establecido que el empréstito que la financia será pagado con tierras, cuya situación los tenedores de los títulos del empréstito podrán escoger. Tal es la médula de la Ley N° 947, la que autoriza en 1878 el cumplimiento de una anterior que dispone el traslado de la frontera a los márgenes del Río Negro, y detalla cuidadosamente su financiación.

El ciclo lo inicia Roca siendo ministro de Guerra con la primera gran conquista (de las tierras más fértiles y cercanas a Buenos Aires) y lo completará ya presidente, cuando efectuó la entrega por medio de diversas leyes, de las tierras que corresponden a los nuevos "territorios nacionales" (incorporados y regulados por ley aprobada durante su primera presidencia).<sup>47</sup>

Roman Gaignard, geógrafo francés, traza un cuadro panorámico del devenir de la apropiación de la tierra, entendida como parte de un proyecto social y político triunfante. Resalta allí que la tierra pampeana ya tiene dueño, antes de que se despliegue el veloz crecimiento económico que caracterizó al afianzamiento del modelo agroexportador. El espacio a conquistar está ya repartido en buena parte entre los suscriptores del empréstito de guerra que habilita la campaña militar, y dos años después "...todas las tierras aptas para recibir animales tienen dueño...". 48

Por efecto de la ley de 1878, cuyas adjudicaciones nunca eran menores a 10.000 hectáreas,

<sup>46</sup> *Ídem*, p. 62.

<sup>&</sup>lt;sup>44</sup> D. Viñas, op. cit., p. 30.

<sup>45</sup> *Ídem*, p.48.

<sup>&</sup>lt;sup>47</sup> Los "territorios nacionales" fueron formalizados, con la fisonomía que mantuvieron hasta su transformación en provincias, a mediados del siglo XX, por Ley N° 1532, de 1884.

<sup>&</sup>lt;sup>48</sup> Roman. Gaignard, *La Pampa Argentina. Ocupación-Poblamiento-Explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Buenos Aires, 1989, p. 223.

"... esa dimensión se trasformaba entonces en unidad de cuenta en la Pampa... Mil lotes (diez millones de hectáreas) resultaron así asignados en las tierras nuevas recién conquistadas." <sup>49</sup>

Esa fue sólo la primera distribución, luego completada por otra ley, conocida como *de remate*, por la que efectivamente se ofrecen al mejor postor tierras que no podían superar las 40.000 has por persona: "... claro está que a través de testaferros y reventas estas disposiciones quedaron sin efecto." Y luego la llamada *Ley de Premios*, distribuye parcelas entre los expedicionarios, en un rango que va de 8000 has para los "jefes de frontera", hasta100 has para los soldados. Y también abarcó a proveedores del ejército que tenían deudas por cobrar. <sup>50</sup>

Queda así expuesta, con referencias precisas, una distribución de propiedad rural que, si bien se engarza en un proceso de siglos, tiene en los años 80' del siglo XIX un punto culminante. Su base fundamental fue la expansión de los espacios tornados susceptibles de ocupación a partir de la campaña militar. Articulada y complementada con una decidida acción estatal. El aparato estatal provee continuadas medidas legislativas, que se hacen rápidamente operativas por medio de actos de la administración. Ésta otorga rápida y eficazmente la titularidad legal y luego la posesión efectiva de millones de hectáreas de campos.

En la misma línea se expresaba Milcíades Peña años antes, cuando afirmaba que la campaña al desierto sirvió a la oligarquía para fortalecerse como "latifundista y especuladora", apoderándose de "increíbles extensiones de tierra que, en sus manos sirvieron para frenar el desarrollo nacional".<sup>51</sup>

Lo que hace el Estado nacional desde antes de la llegada al Río Negro, es garantizar el mantenimiento de un patrón concentrado de ocupación de la tierra, que podía rastrearse hasta la época de Rivadavia y más atrás, pero que con Roca, como remarca Peña, se expande mucho más allá del corazón de la "Pampa Húmeda"<sup>52</sup>, brindando un horizonte económico y social más amplio a la clase terrateniente.

En esa línea de análisis, la apertura de nuevas tierras a la acumulación de la clase propietaria, junto con el afianzamiento de los vínculos de integración subordinada con el gran capital sobre todo británico, constituyen lo nuclear de las realizaciones del período.

Varias décadas después, y con un distinto bagaje historiográfico y teórico, Roy Hora plantea, en la obra arriba mencionada, una línea de interpretación de las relaciones entre terratenientes pampeanos y Estado nacional en la época "roquista", que puede ser tomada básicamente como enriquecimiento y no como refutación del análisis de Peña y las minuciosas comprobaciones de Gaignard.

Por un lado, destaca la presencia entre los principales compradores de los veinte millones de hectáreas vendidas entre 1878 y 1882 de varios de los principales terratenientes ya asentados en territorio bonaerense: "...Saturnino Unzué adquirió 270.000 hectáreas, Tomás Driysdale, 320.000, Antonino Cambaceres, 120.000, los Leloir, 110.000, los Luro, 140.000, los Alvear, Diego y Torcuato, 97500 cada uno, Joaquín Chas, 600.000, Ernesto Tornquist, 90.000, Carlos Guerrero, 70000.<sup>53</sup>

También remarca la existencia de un "crecimiento espectacular" de la inversión extranjera, en particular británica, en la década de 1880. Y anota que se manifiesta en ramos fundamentales como el crecimiento del sistema bancario y la rápida expansión ferroviaria.<sup>54</sup>

<sup>50</sup> *Ídem*, p. 245.

<sup>&</sup>lt;sup>49</sup> *Ídem*, p. 244.

<sup>&</sup>lt;sup>51</sup> M. Peña, op. cit, p. 78.

<sup>&</sup>lt;sup>52</sup> Íbidem.

<sup>&</sup>lt;sup>53</sup> R. Hora, op. cit, p. 53.

<sup>&</sup>lt;sup>54</sup> *Ídem*, p. 54.

Hechas estas comprobaciones, el autor pasa sin embargo a señalar la generación de cierto distanciamiento entre el Estado nacional y los grandes propietarios, acarreado por la necesidad de atender los intereses de grupos sociales más extendidos (las oligarquías provinciales y los inversores extranjeros en primer lugar), y de reforzar la maquinaria estatal nacional, ahora expandida efectivamente en todo el país, dotada por primera vez del verdadero monopolio de la fuerza. La administración nacional desempeña un papel integrador y centralizador, que en ocasiones requiere de la capacidad de apartarse del interés económico inmediato de sectores empresarios.

Roca es un presidente que realiza un programa altamente funcional a los intereses de los terratenientes, que tiene además éxito en promover una atmósfera de prosperidad general, basada en un acelerado crecimiento económico y en una fuerte innovación en materia de infraestructura y tecnología. Pero un instrumento fundamental para lograrlo, es un aparato estatal que requiere de cierta autonomía para cumplir adecuadamente ese rol.

Parte del sustento para esta empresa proviene de los aliados del interior del país, pero otra importante porción surge del propio aparato estatal, en primer lugar los militares, complacidos con verse llamados a un papel más central e "institucionalizado" que el que desempeñaban en años anteriores. Finalmente, al menos con los sectores más lúcidos de la clase terrateniente pampeana, logra un amplio entendimiento, y esos empresarios emprenden su propia renovación tecnológica y cultural.

Están apoyados para ello por un Estado que entiende su concentración en las actividades técnicas y asociadas a la producción, como una fase indispensable del reemplazo de la "política", entendida como confrontación en torno al poder, generadora potencial de desorden y anarquía, por la "administración". Actividad ésta que se supone pacífica y "científica", basada en la conducción de los asuntos cotidianos en estrecha articulación con los intereses materiales predominantes. Un vínculo que no debe ser perturbado por inquietudes doctrinarias ni referencias a valores abstractos.<sup>55</sup>

En las últimas décadas se ha abierto paso una línea de investigación y reflexión crítica identificada con disciplinas como la etnohistoria y la antropología, que encara la apropiación del espacio territorial y vital de los pueblos originarios desde una perspectiva centrada en la configuración del Estado-nación y la absorción por éste y por el capitalismo en avance de ese "otro" que era el indígena. Se proponen, en las palabras de uno de esos estudiosos

"...analizar las campañas de conquista y la posterior incorporación de los pueblos originarios en el marco de la construcción de los estados-nación (...) se ha enfocado en el proceso de construcción de la nación y de extensión de la hegemonía para analizar las relaciones de los pueblos originarios con el Estado argentino tanto antes como después de la conquista militar." <sup>56</sup>

Estos autores parten de tomar distancia tanto de la idea de "progreso" capitalista, como de la identificación con el Estado nacional, y reconstruyen la historia del período como un prolongado proceso que combina el exterminio y la asimilación, la explotación de la fuerza de trabajo indígena con el "control policial" de los que se resistían a someterse. Y desmontan la lógica del

"...discurso nacionalista-retomado y reforzado por el discurso histórico hegemonico- ha consolidado la tendencia universalista de racionalizar el tiempo en una única trama temporal marcada por el progreso, el desarrollo capitalista y la formación del Estado." <sup>57</sup>

Estos estudios, entre los que se cuentan los de Martha Bechis, Claudia Briones, Diana Lenton, Enrique Mases, además de Walter del Río, no representan sólo un diferente

-

<sup>&</sup>lt;sup>55</sup> R. Hora, op. cit., p. 55-59.

<sup>&</sup>lt;sup>56</sup> Walter M. Delrio. *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia.* 1872-1943. Universidad Nacional de Quilmas, 2005, p. 18.

<sup>&</sup>lt;sup>57</sup> *Ídem*, p. 24.

posicionamiento teórico, sino una posición ético-política radicalmente diferente a la de los historiadores identificados con los fines de la clase dominante y el Estado-nación:

"En las últimas décadas se ha presentado como necesidad para quienes abordamos situaciones históricas de conquista y colonización una postura ético-política que contemplara la 'voz del otro' o la voz de quienes no han tenido voz tanto en la documentación del archivo como en la historiografía."<sup>58</sup>

Tanto la noción de "autenticidad" documental como la de "verdad histórica" quedan así subvertidas, revelado su contenido clasista y su propósito de dominación, y permiten un nuevo examen de toda la cuestión, y desde allí se pone en crisis la propia terminología del discurso hegemónico, procurando de-construir nociones tales como "desierto", "conquista", "civilización", y desmantelar la creencia en un "nosotros" identificado con la civilización y el progreso, frente a unos "otros" asimilados a atraso y salvajismo. <sup>59</sup>

Esos elementos conceptuales permiten echar una luz sobre la "conquista" que visualiza en profundidad las finalidades perseguidas por ella, aunando componentes de distinto carácter

"Las tierras a conquistar y la cuestión de la soberanía se convirtieron en elementos económicos y geopolíticos indispensables para la construcción y consolidación del *territorio nacional*. Esto representó un cambio significativo en cuanto a los recursos que entraban en disputa en las relaciones interétnicas (...) Otros recursos que entraron en juego fueron la fuerza de trabajo aborigen y la utilización simbólica de las mismas campañas militares como elemento para el posicionamiento político."

#### Estado y régimen político

Se debería padecer un sesgo dirigido a creer a pie juntillas en las palabras de los dirigentes, y no en sus realizaciones concretas, para entender que el período de influencia de Roca estuvo regido por un "estado gendarme" que no hacía otra cosa que asegurar un mínimo de orden social, y el respeto a unas pocas reglas de juego básicas.

Y sólo una mirada completamente apologética sobre su época, podría negar rasgos que la caracterizaban, en el campo político, como la organización prolija y sistemática de la manipulación del sufragio, combinada con la pronunciada tendencia a concentrar poder en la cúspide del ejecutivo nacional, en detrimento de toda otra fuente de decisión, incluido el parlamento; las instituciones provinciales y una sociedad civil a la que se quería pasiva y silenciosa.

Pese a ello, la época de Roca ha sido presentada, con suma frecuencia, como un acabado paradigma de organización social y política atenida a los principios de un Estado prescindente y no intervencionista en lo económico, y de un régimen político que, sino de democracia, constituiría ejemplo de "republicanismo".

Un Estado nacional hasta ese momento muy imperfectamente desarrollado, debió completar en un lapso relativamente corto su estructura institucional y asegurar el

.

<sup>&</sup>lt;sup>58</sup> *Ídem*, p. 26.

<sup>&</sup>lt;sup>59</sup> Ídem, p. 76. Otro investigador, llama la atención sobre la pervivencia de esos términos en obras relativamente recientes de historiadores consagrados como T. Halperin Donghi, Ezequiel Gallo y David Rock, y los toma como ejemplo de la pervivencia de una visión de Argentina basada en la sociedad anterior a 1975, en la que la existencia del ascenso social legitimaba la visión etnocéntrica, celebratoria de la inmigración y la "europeidad" de nuestro país. Carlos M. Tur Donatti, "Lenguaje, historiografía y racismo" en *La Insignia. Diario Independiente iberoamericano* ( www.lainsignia.org ), julio de 2004. <sup>60</sup> Ídem, p. 61.

monopolio efectivo de la fuerza. Y expropiar a otras instancias, como la Iglesia, de atribuciones que requería en exclusividad. El triunfo de la coalición, con base en las provincias, que Roca encabezaba, no era propiamente la victoria del interior sobre Buenos Aires, sino la del Estado central sobre todo otro núcleo de poder que aspirara a competirle.<sup>61</sup>

Como parte de un proceso de "reducción a la unidad"62, el poder central necesitaba fortalecerse, dotarse de órganos de mayor complejidad y diferenciación, comprendiendo una burocracia medianamente efectiva, la capacidad de construcción y administración de una vasta infraestructura de transportes y comunicaciones, y el desarrollo de un sistema educativo eficazmente dirigido desde el poder público. 63 Las funciones tradicionales del "Estado-gendarme" se ampliaban de modo exponencial frente a una realidad mundial signada por el capitalismo de la segunda revolución industrial, que brindaba nuevas oportunidades para Argentina, si bien en un lugar subordinado y periférico. Yremitía además a una escena local en la que el poder público necesitaba extenderse sobre ámbitos geográficos y sociales de los que había estado ausente o casi, hasta ese momento.

Ese poder público debía, además, garantizar que los "costos del progreso" gravitaran sobre las clases subalternas y no sobre las dominantes. Tanto el establecimiento de un sistema tributario ampliamente regresivo, basado en gravámenes al consumo; como una orientación de la inversión de los recursos así obtenidos que beneficiaba en desproporcionada medida a los sectores más ricos. Esto se hacía por la vía de facilidades de crédito, concesiones de obras o servicios públicos, y otros variados mecanismos que configuraban el estrecho sentido de clase de un Estado nacional que actuaba como activo redistribuidor de ingresos en un sentido regresivo. 64 El aparato estatal era activo en múltiples direcciones, y su posición discursiva contraria a la intervención en materia económica articulaba con su rapidez y eficacia para defender y promover la acumulación de capital y el nivel de vida de la elite social.

No puede comprenderse la restricción del sufragio, sino es en referencia al sentido de clase de la acción estatal. El fraude era necesario para sustentar el tipo de acción del Estado que se llevaba adelante, de modo de clausurar el paso a demandas que avanzaran en el sentido de una democratización social. El famoso lema "paz y administración" equivalía a garantizar el orden público sofocando toda acción que contestara la legitimidad de las autoridades nacionales. Se buscaba así la virtual extinción de la lucha política, para dejar a los gobernantes un margen de comodidad en la gestión de decisiones cuyo sentido general y alcance estratégico ya no se discutiera.

La manipulación electoral, la supresión en la práctica del poder decisorio de un sufragio universal que formalmente se mantenía, eran indispensables para el tipo de relación entre Estado y sociedad que se promovía desde el poder. Como señalan Natalio Botana y Ezequiel Gallo:

"Roca puso algún empeño retórico en mostrar su adhesión a algunos de los valores que habían caracterizado al liberalismo clásico..." (...) sin embargo "... el nuevo presidente estaba mucho más preocupado por la otra república alberdiana, la 'posible', cuya consolidación se presentaba como la primera prioridad. En esta dimensión el pensamiento de Roca presenta equívocas facetas conservadoras y gradualistas." 65

problemático en estos autores, y otros de similar orientación es que al tratar la práctica concreta de ese modelo republicano, que como afirman, confiere el ejercicio del gobierno

62 Natalio Botana, El orden conservador, Buenos Aires, 1977

<sup>&</sup>lt;sup>61</sup> Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, 1992.

<sup>63</sup> Mirta Z. Lobato, "Estado, gobierno y política en el régimen conservador." en AA.VV. Nueva Historia Argentina, tomo V. "El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Buenos Aires. 2000.

<sup>&</sup>lt;sup>64</sup> Cf. Daniel Campione y Miguel Mazzeo, Estado y administración pública en la Argentina : Análisis de su desarrollo en el período 1880-1916. Buenos Aires, 1999, p. 33 y ss; y M. Lobato, op.cit, p. 185.

<sup>65</sup> Natalio Botana y Ezequiel Gallo, De la República posible a la República verdadera : 1880-1910, Buenos Aires, 1997, p. 30.

a una minoría privilegiada y restringe la acción política del resto de la población a la que le deja sólo las "libertades civiles", <sup>66</sup> no dan cabal dimensión a los daños que aun en el campo de la vigencia de las libertades individuales, promovía un aparato estatal que reducía los indígenas a servidumbre. <sup>67</sup> O establecía por ley un expeditivo trámite para la expulsión de extranjeros <sup>68</sup>, cuando éstos eran una proporción decisiva de la población.

Ya bastante antes José Luis Romero, en otra orientación, señalaba los efectos de la fuerte disociación entre la declamada devoción por los principios liberales y una práctica concreta que no hacía sino subvertirlos mediante el fraude y la violencia, hasta volverlos irreconocibles, lo que "conducía al mismo tiempo a una solemne afirmación del orden jurídico y a una constante y sistemática violación de sus principios por el fraude y la violencia" o por el fraude y la violencia o por el fraude y la violencia o por el fraude y la violencia o por el fraude y la violencia.

Por otra parte, la idea de matriz alberdiana de la "república posible" presuponía el progresivo acercamiento a la "república verdadera". Al respecto habría que deslindar la trayectoria que finalmente siguió el régimen, vía las reformas promovidas en la presidencia de Roque Sáenz Peña, que puede entenderse como un tránsito, siquiera tentativo, a la "república verdadera", de los propósitos de Roca y el conjunto de la maquinaria política que le respondía. Éstos apostaron en todo momento a impedir o retrasar lo más posible cualquier vía efectiva de "apertura". Sólo se exceptuó alguna medida parcial en su finalidad y restringida en su alcance espacial, como el establecimiento de "circunscripciones" uninominales en la ciudad de Buenos Aires, a la que sin embargo sus biógrafos no dudaron en celebrar, sobre todo en relación con el ingreso del socialista Alfredo Palacios a la Cámara de Diputados.<sup>70</sup>

Un tratamiento del período que da por sentado su supuesto carácter republicano, es decir la existencia de separación de poderes, periodicidad de mandatos, responsabilidad por los actos de gobierno, elección popular de los gobernantes, y otros rasgos asociados al término "república", resulta más que controvertible. Esto puede discutirse desde el ángulo de la completa adulteración del sufragio, la entronización de jefaturas estatales y partidarias indiscutibles y no compartidas, y de la articulación de una supremacía del Poder Ejecutivo Nacional que establece una relación de lealtades recíprocas e intercambios entre autoridades provinciales y nacionales, que termina obrando en desmedro del funcionamiento más o menos aceptable del régimen federal.

El cuadro reinante estaba animado por una ideología de tendencias exclusivistas, con aristas autoritarias, incompatible con un efectivo pluralismo. La clase dirigente consideraba que lo era por un derecho innato e incontestable, en tanto que portadora del "progreso" y el "orden" y garante de que no se materializaran amenazas ni al uno ni al otro. En esa línea se promovía una escolaridad de sentido homogeneizador, y un acelerado desarrollo de los mecanismos de control social, incluyendo la aplicación de los preceptos del 'higienismo' y de una criminología acentuadamente biologista.

Una elite blanca, propietaria y culta, debía continuar siendo la titular de la riqueza y el poder, y la única llamada a gobernar. El juego político entre gobierno y oposición y la

<sup>66</sup> N. Botana, op. cit, p. 46.

<sup>&</sup>lt;sup>67</sup> Cf. Enrique Hugo Mases, Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910), Buenos Aires, 2002.

<sup>&</sup>lt;sup>68</sup> Sobre la perentoriedad de esos trámites, ilustra el hecho de que sólo dos días después de aprobada esa legislación,

se declaró el estado de sitio, y de inmediato la policía expulsó a once italianos y diez españoles. (cf. Mario Rapoport (dir), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires. 2000, p. 55.

<sup>&</sup>lt;sup>69</sup>José Luis Romero, *Las Ideas Políticas en la Argentina*. 21° reimpresión. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2002. (1ª edición en FCE. 1956), p. 194.

<sup>&</sup>lt;sup>70</sup> Alfredo Palacios fue electo diputado en la Capital Federal, por la circunscripción correspondiente al barrio de La Boca, en las elecciones de 1904, en parte merced al apoyo del partido de tradición "mitrista", la Unión Cívica. El ingreso de un socialista al parlamento, "el primer diputado socialista de América", como se repitió hasta el agotamiento, fue tomado como un timbre más de modernidad y liberalismo en la Argentina de ese momento, en la cúspide del boom agroexportador.

libertad de prensa, asociación y reunión, eran plenamente otorgadas sólo a los miembros de esa elite, que de todas maneras no podían acceder al gobierno sin identificarse claramente con el oficialismo, o al menos pactar con quienes se hallaban en el control del aparato estatal.

Prefiere esa peculiar "república" reconocer formalmente un sufragio universal masculino sin cortapisas, que no hace acepción de pobreza ni de analfabetismo, como en otros países. Para al mismo tiempo alterar sistemáticamente sus resultados, con lo que no tiene el mérito de la coincidencia entre el principio de legitimidad invocado y la práctica concreta; como hubiera sido en caso de instaurar algún tipo de sufragio restringido o censitario. Navega entonces sobre un invariable fondo de falsedad, de visible disociación entre el discurso y la práctica, entre la norma y la realidad.

El ingreso de las clases subalternas en la escena política se le antoja una oscura amenaza, el sufragio debe continuar controlado desde arriba, atrincherado tras esa multiplicidad de mecanismos que tan bien describe y explica Botana en *El Orden Conservador*. Los que permitían además la circulación y distribución del poder al interior de las clases dominantes, facilitando incluso un cierto equilibrio geográfico del todo ausente en el orden anterior, el surgido en Pavón. El "mitrismo" quedó superado.

La estabilidad y la continuidad debían primar sobre cualquier ruptura, por parcial o pasajera que fuese. De lo contrario, la plácida gestión del desarrollo de las fuerzas productivas y el advenimiento del conjunto de rasgos modernos que se visualizaban como deseables, corría riesgo de quedar en entredicho. Los partidos políticos (salvo el oficial, el PAN) eran actores poco interesantes en ese cuadro. Y más que promover su formación y desarrollo, se celebra su evidente declive, al compás del invariable cierre del camino al poder; mientras que la movilización popular, cualquiera fuera su objeto, era una perturbación a la que habría en lo posible que evitar.

#### La conmemoración y el homenaje

La figura y actuación del teniente general Julio Argentino Roca ha recibido una mirada a menudo laudatoria, de parte de biógrafos ligados más o menos directamente a su persona, o al menos interesados en celebrar su culto. La devoción se proyecta desde el individuo "Roca", hacia un homenaje, explícito o no, al conjunto de la clase social que integró, y al poder estatal a cuya configuración y fortalecimiento dedicó sus mayores esfuerzos. El período limitado entre 1880 y 1914, que albergó a lo fundamental de su actuación, sería denominado, a secas, "el progreso argentino", como en el título de la obra de Roberto Cortés Conde.<sup>71</sup>

Y toda la historia posterior juzgada en clave de feliz seguimiento de esas grandes líneas, lo que mantiene o renueva el impulso del "progreso", o de obcecada desviación que lleva a etapas de retroceso y "decadencia". Esa línea de interpretación arranca desde antes de la muerte del general, y se prolonga a lo largo de las décadas, hasta la actualidad.

Quizás el primer estudio biográfico extenso y más o menos sistemático, es el que sale a la luz pocos meses antes de la muerte de Roca, de autoría de Manuel J. González. Se trata de un panegírico en toda regla, escrito en un lenguaje de poeta cortesano, que en su empeño

-

<sup>&</sup>lt;sup>71</sup> R. Cortés Conde, op. cit.

celebratorio se complace en elogiar hasta a algunos de los principales enemigos del dos veces presidente, como ocurre con Carlos Tejedor, adjetivado en retahíla como "respetable, enérgico, serio y temible". La grandeza de Roca es tal, que nimba de un halo de gloria hasta a quienes se le oponen con tenacidad, siempre que sean "hombres de valía" y no oscuros representantes de la "chusma". 72

Como ejemplo tanto del estilo empleado como de la pleitesía que propone rendir a su biografiado, cabe esta suerte de retrato de Roca en su juventud:

"... de una cultura tan propia de los ex alumnos del Colegio del Uruguay, (...) con sagacidad y astucia de flexible y finísimo diplomático, con excesos de entendimiento, archicorazón (sic), juicio de sesudo legislador, tan ágil en la guerra como tranquilo en la paz, con un cuerpo de estructura delicada, con fisonomía extraordinariamente simpática y notablemente simétrica, tan lleno de bríos como ambicioso de gloria: el coronel Julio A. Roca. <sup>73</sup>

16 años después, un jurista, Augusto Marcó del Pont, publica una biografía que desde la dedicatoria, dirigida a Julio Argentino Roca (h), denota características similares a la de González. Roca aparece revestido de todas las virtudes posibles. Le descubre "magníficas dotes de político profundo..." "exquisito tacto" para resolver situaciones extremas, y su política es calificada como de "avanzadas concepciones y de rápidas realizaciones..." Hasta los actos que otros autores, también benévolos hacia el personaje, consideran como errores, tales como la destitución de José Manuel Estrada de sus cátedras; la de Domingo Faustino Sarmiento en el Consejo Nacional de Educación, o la ruptura con Carlos Pellegrini al abandonarlo en la negociación de la deuda externa, Marcó del Pont los defiende en toda la línea.

Fácil sería desdeñar la escritura y la actitud intelectual de autores de este talante, preocupados fundamentalmente por ofrecer endechas a su personaje, y quizás guiados por el deseo de agradar a quienes encargaron o al menos patrocinaron discretamente sus obras. Pero no habría que sucumbir a la tentación de menospreciarlas, ya que pueden resultar altamente eficaces, en orden a la finalidad que se plantean.

Junto con el propósito de elevar al teniente general y presidente a la estatura de "prócer", se manifiesta una voluntad de exaltar, como única forma de organización benéfica para la sociedad argentina, a la pergeñada en las décadas del cambio del siglo XIX al XX. Y cimientan esta noción en una ideología profundamente conservadora, de tinte elitista y con arrebatos de racismo.<sup>75</sup> La que tributa a un liberalismo que se opone de modo terminante a ampliarse a democracia representativa.

Contribuirán tempranamente a cimentar el culto a una imagen de la Argentina, asentada sobre el poderío de una clase propietaria, que no se presenta como tal, sino como una *elite* esclarecida y generosa, aristocracia de la ética y el intelecto, que posee el monopolio de la sabiduría en lo que respecta a la dirección de los negocios públicos. Esa "clase dirigente" ha construido el próspero país de "los ganados y las mieses" sobre la base de la unificación territorial, la cohesión nacional, el fortalecimiento de las instituciones del estado, el orden administrativo el estímulo al progreso material en clave "librecambista", y *last but not least*, la "relación privilegiada" con Gran Bretaña.

La sabia conducción de ese proceso es en gran medida atribuible a la gestión del general Roca, y allí se unen el culto al gran personaje, y la celebración de la "clase dirigente", de la que se lo considera un elevado representante. Gobernante pragmático y de mano firme, amigo de las realizaciones concretas, y reacio a las especulaciones teóricas, con una

74 idem, p. 55

<sup>&</sup>lt;sup>72</sup> Manuel J. González, op. cit, p. 142.

<sup>&</sup>lt;sup>73</sup> Ídem, p. 55.

<sup>&</sup>lt;sup>74</sup> A. Marcó del Pont, op. cit, p. 198.

<sup>&</sup>lt;sup>75</sup> Véase más atrás la apasionada diatriba de Manuel González contra los indios, ejemplo cabal de posicionamiento racista.

tendencia a la "personalización" del poder que los más entusiastas elogiarán sin reservas y los más circunspectos evaluarán como inevitable en las situaciones críticas, se proyecta como arquetipo de un modelo económico, social, político y cultural.

Era entonces el suyo un modo de dirigir el país, de cuya prosecución, o su rescate después de lapsos en que su abandono lleva a la decadencia depende la suerte de Argentina. La que sería el cumplimiento de los "grandes destinos" que, se descuenta, le reserva la historia en tanto no los demoren la ignorancia o la mala intención de incapaces o advenedizos, indebidamente arribados al manejo de la "cosa pública".

Avanzada la década de 1930, y afirmado en el país un nuevo ciclo de conservadurismo económico y político acompañado por la restricción de la ciudadanía, el sentido de los homenajes a Roca va a tomar un cariz parcialmente nuevo. Las certezas de la clase dominante acerca del presente y el futuro cercano se han visto conmovidas por la crisis de 1929 y la irrupción de masas que marcó al último gobierno de Hipólito Yrigoyen. El liberalismo político, y aun el económico, han sido puestos en tela de juicio. Y las verdades establecidas en cuanto a la visión del pasado, se ven atacadas desde el mismo interior de las clases dominantes.

Son ejemplo de ellos hombres de las elites como el ya citado Palacio, los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta y Carlos Ibarguren, entre otros. Ellos unen el fuerte rechazo por la tradición liberal con el rescate de la figura de Juan Manuel de Rosas, y extienden miradas más bien reticentes sobre algunas figuras del "panteón" oficial. No es crítica innovadora, sino conservadora, no cuestionan al régimen liberal desde la afinidad con el socialismo, sino desde la simpatía con el catolicismo en versión integrista e incluso con el fascismo.

Y por eso mismo amenazan con abrir una brecha inoportuna en el que debería ser el sólido frente de los hombres de orden, ante una amenaza subversiva que la consolidación de la Rusia soviética y la crisis en que se ha sumido el mundo capitalista, la Argentina incluida, tornan más o menos cercana para amplios sectores sociales.

El gobierno de la Concordancia iniciado en 1932 entenderá que debe defender no sólo las ganancias de los capitalistas; sino el orden social que garantice su reproducción y el sistema político que sustente la continuidad de la distribución de poder imperante. Amén de los valores éticos y religiosos, y la sensibilidad cultural que sean útiles para prestar legitimidad y allegar consenso a todo el edificio social.

En esas coordenadas se instala el propósito de restaurar el pleno imperio de las creencias tradicionales acerca del pasado argentino, aportándoles, si es posible, renovada fuerza. Los pujos "revisionistas" debían ser contrarrestados.

El Estado nacional emprende entonces la fundación de un conjunto de instituciones dedicadas al cultivo de la historia nacional. Y la realización de acciones de política cultural que van en el sentido de reafirmar la supremacía del relato que había instaurado ya hacía décadas la visión oficial de la historia, con sus réprobos y elegidos, con su visión de la guerra de independencia, la lucha de unitarios y federales, la "tiranía de Rosas" y la "refundación" nacional posterior a Caseros.

Se crean instituciones oficiales con vocación de permanencia, como la Academia Nacional de la Historia (en realidad un reforzamiento de *status* para la Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana) y la Comisión de Monumentos y Lugares Históricos; se comienza a publicar la *Historia de la Nación Argentina*, subvencionada por ley nacional, y el propio presidente escribirá un trabajo sobre la labor historiográfica de Mitre y procurará sin suerte ingresar a la Academia. Mientras su estrecho colaborador y mentor intelectual, el también militar José María Sarobe, se ocupa a si mismo con

frecuencia de temas históricos. En parte a través de la ANH, Bartolomé Mitre, reconocido como historiador fundacional, es objeto de múltiples recordatorios y publicaciones alusivas.

Pero con la figura del presidente tucumano hay afinidades a la vez más evidentes y más profundas. Como aquél, el presidente Justo es un "general-estadista" que proyectó más su imagen civil que la militar. A semejanza de la época de Roca, se vive bajo Justo un período en que la instauración del "orden" va acompañada por un propósito de modernización, mientras se procura realizar ambas tareas en condiciones de anulación de la libertad del sufragio.

En ambos casos, se busca con ahínco el refuerzo de la autoridad estatal y del aparato de la administración pública, pero siempre al servicio de políticas en las que la preservación y promoción de los intereses de las clases dominantes es objetivo central. La cercanía entre ambos generales queda subrayada porque el hijo del "conquistador del desierto", luego de una prolongada carrera política, es el vicepresidente de la nación en el período 1932-1938

Un resultado fue que, en 1935, se dispone la formación de la Comisión Pro Monumento al General Julio A. Roca. Justo oficia como presidente honorario, y ocuparon la vicepresidencia dos oficiales de muy alta graduación, uno de cada fuerza: el General de División Francisco M. Velez, y el almirante Manuel Domecq García. Los seguían en secretarías y vocalías un grupo de distinguidos juristas, empresarios, literatos e historiadores de la época, mezclados con más generales y almirantes. Allí se contaban el historiador Bartolomé Galíndez, el terrateniente y empresario Ernesto Padilla, el futuro presidente Ramón Castillo. También Joaquín de Anchorena, Saturnino Unzué, Enrique Larreta, Octavio R. Amadeo, Enrique Navarro Viola, etc.

Esta Comisión Nacional fue creada por Ley N° 12.167, de 1935, la que dispone una suma de dinero para erigir el monumento a Roca en Buenos Aires y ampliada en sus objetivos por la Ley N° 12.565, de 1939, que agrega a sus finalidades la construcción de un segundo monumento, en la ciudad de Tucumán.

La Comisión no sólo se ocupará de las estatuas, sino que publicará una veintena de títulos en torno a la vida y obra del homenajeado y a la conquista del desierto en particular. <sup>76</sup> Llegará a inaugurar no sólo los monumentos inicialmente previstos en el centro de Buenos Aires y en Tucumán sino otros que partieron de diversas iniciativas locales, como los de San Carlos de Bariloche, Río Gallegos y Choele Choel. Y mantuvo un perfil muy activo; realizando todo tipo de actos en honor al extinto presidente, y formando cerca de dos centenares de subcomisiones en todo el país. Todo a lo largo de una gestión que se extendió por más de una década, ya que el organismo siguió actuando hasta 1946.

Sin duda el monumento de Buenos Aires fue el más importante, no sólo por su ubicación geográfica y su envergadura como obra escultórica, sino por la significación simbólica que se buscó asignarle, tal como expresó en un discurso un representante de la Comisión, al referirse a

"...la estatua que en una avenida de Buenos Aires mostrará a Roca en fogoso caballo de guerra con sus arreos de combate y las insignias de la investidura presidencial, como viniendo del desierto a ocupar en la sede histórica los puestos de gobierno que le estaban señalados como predestinación de la gloria." <sup>77</sup>

<sup>&</sup>lt;sup>76</sup> Entre los títulos publicados se contaron biografías de Roca, como la de Leopoldo Lugones y una específicamente militar del general Vélez, ambas compuestas por encargo de la comisión. También se editaron relatos y estudios de partícipes de la campaña, como las del general Eduardo Racedo, el estudio topográfico del Tte. Coronel Manuel Olascoaga, el diario de los científicos Doering y Lorenz, que acompañaron la expedición, las crónicas del periodista de La Tribuna integrado a la expedición, Remigio Lupo. Bartolomé Galíndez realizó una compilación de documentos sobre la Conquista (que abarcaba la expedición a Santa Cruz), y también se hicieron ediciones conmemorativas de la erección de los distintos monumentos.

<sup>&</sup>lt;sup>77</sup> Clodomiro Zavalía, Discurso del Representante de la Comisión Nacional", en Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca. Monumentos al General Roca. San Carlos de Bariloche (Río Negro) y Río Gallegos (Santa Cruz). Buenos Aires. 1941, p. 29.

La elevación desde el mando militar al poder político por la vía electoral, era una "predestinación" que el general tucumano compartía de alguna manera con el entonces presidente, mientras que la ubicación del monumento, mirando a la Plaza de Mayo, aludía a la proyección del Ejército en su conjunto al "centro histórico de la Nación". Al celebrar la figura de Roca, Justo se postulaba a sí mismo como su sucesor histórico, dotado de talentos coincidentes con los de aquél, en tanto que gobernante de origen militar pero espíritu "civilista", con dotes de político práctico y amplia capacidad de gestión. <sup>79</sup>

La conmemoración cumplía además otro objetivo vigente en la época, como era la reafirmación de la región patagónica como una prioridad de la política nacional. A lo largo de todo el período de la Concordancia en el gobierno, los recordatorios de la expedición contra los indígenas y la promoción de la Patagonia, se aunaron como parte de un mismo programa de acción. El mismo abarcó desde la creación de seis parques nacionales en la región, hasta la declaración de 1937 como año patagónico, así como la realización de largometrajes de ficción alusivos a la "gesta" de 1879.

Enmarcada en la actividad de la Comisión, se generaron o actualizaron variados ejemplos de escritura apologética. El más interesante es quizás el ya mencionado de Leopoldo Lugones, a quien la Comisión encarga la biografía del homenajeado, que el poeta sólo logrará desarrollar hasta el episodio de la Conquista, quedando inconclusa por su muerte.

Muchos otros biógrafos prefirieron destacar el perfil "civil" del teniente general, y se deleitaron en anécdotas sobre momentos en que el presidente se resiste al uso del uniforme. Y lo rescatan por sus valores republicanos en línea con los de Juan Bautista Alberdi, del que lo presentan como continuador intelectual y ejecutor práctico de sus designios.<sup>81</sup>

Para Lugones en cambio es, por sobre todas las cosas, un jefe militar, un general victorioso. Su actuación constituye un ejemplo de la necesidad de establecer el poder político sobre la base de los valores del ejército, centrados en la disciplina y el orden<sup>82</sup>. En la visión que le interesa transmitir al poeta cordobés, la patria se construyó desde el ejército, sus mejores conductores fueron militares, el pueblo argentino está "predestinado a la espada", y el "estadista completo debe ser militar". Roca es el máximo exponente de esta construcción, y su actuación guerrera lo eleva a representante de la "civilización" y de la cristiandad, a la vez que le otorga un perfil clasicista de "dictador romano".

El tono del poeta es de celebración integral, pero el autor de *Odas Seculares* ya no es el liberal de la época de la primera guerra mundial, sino el militarista acérrimo partidario de los fascismos y crítico de la democracia representativa. Con el tono de su apologética, pone en crisis la imagen "alberdiana" de Roca, que en la mirada del poeta se asemeja, más que a un fundador de las instituciones republicanas, a una prefiguración rioplatense de Miguel Primo de Rivera. La Comisión publica el libro, pero en el prólogo, Octavio R. Amadeo se encarga de señalar negativamente esas posiciones del autor, a las que llama "divagaciones". Como ocurría con frecuencia en sus artículos para *La Nación*, representantes más "orgánicos" del poder utilizaban en su favor el prestigio literario y lo

81 Un ejemplo entre muchos posibles en tiempos recientes de esa interpretación puede verse en Alejandro Gómez. "Alberdi imaginó un país: Roca lo hizo posible." *Infobae*. 19/10/2014. Disponible en <a href="https://opinion.infobae.com/alejandro-gomez/2014/10/19/alberdi-imagino-un-pais-roca-lo-hizo-posible/index.html">https://opinion.infobae.com/alejandro-gomez/2014/10/19/alberdi-imagino-un-pais-roca-lo-hizo-posible/index.html</a>

<sup>&</sup>lt;sup>78</sup> Carlos Masotta, "Un desierto para la Nación. La Patagonia en las narraciones del Estado de la Concordancia (1932- 1943)". Ponencia presentada en el Cuarto Congreso Chileno de Antropología. Mímeo. 2001, s/n de página.

<sup>&</sup>lt;sup>79</sup> Robert Potash. *El ejército y la política en la Argentina. 1928-1945. De Yrigoyen a Perón.* Decimoquinta edición. 1994, p. 121.

<sup>&</sup>lt;sup>80</sup> C. Masotta, op. cit.

<sup>&</sup>lt;sup>82</sup> Leopoldo Lugones, *Roca*, Buenos Aires, 1938, pp. 116 y ss.

<sup>83</sup> Ídem, p. 58-59.

que podían compartir de la cosmovisión de Lugones, mientras se distanciaban de propuestas políticas en cuya reaccionaria radicalidad no estaban dispuestos a acompañarlo.

Dada la inconclusión de la biografía encargada al autor de *La Guerra Gaucha*, la comisión publicó a su vez un trabajo de Mariano de Vedia, que había sido secretario de Roca al igual que Lugones, y que ya había editado un ensayo biográfico una década antes. <sup>84</sup> El escrito de de Vedia abarca toda la vida del tucumano, con espíritu tan celebratorio como el del poeta, pero presentando la ventaja de adaptarse por completo a los principios del liberalismo. Para ese autor, 1880 en particular y la época "roquista" en general, es toda ella una vuelta de página en la historia de nuestro país, que conduce al resultado de "... encauzarlo definitivamente hacia un futuro irrevocable." <sup>85</sup>

Será en torno a 1960 que José Arce, médico muy destacado, profesor universitario y diplomático, se dedicará a reavivar el culto, con un nuevo emprendimiento apologético, que incluirá una nueva biografía<sup>86</sup>, y dejó incluso un fruto institucional, el Museo Roca, una entidad perteneciente al Estado nacional, erigido en base a la donación de una parte de su patrimonio.<sup>87</sup> El tratamiento que le da Arce a su biografíado se inscribe en la línea del elogio irrestricto, formulado desde una defensa plena de su ideología liberal, y una presentación de todas sus decisiones como las más acertadas, siempre estrictamente adecuadas a las circunstancias de momento y lugar. Más extensa y detallada que las precedentes, no agrega nada decisivo a los libros que González, Marcó del Pont, de Vedia o Lugones habían escrito con dos o más décadas de antelación.

En 1966, Jorge Newton agregará a su por entonces ya larga lista de biografías<sup>88</sup>, una dedicada al "conquistador del desierto". Algo menos propenso al ditirambo que la mayoría de sus antecesores, muy apoyado en las obras ya publicadas y sin recurrir a documentos inéditos, el autor no hace más que procurar justificación a los actos principales de la trayectoria de su biografiado, aun reconociendo las falencias más evidentes. Por ejemplo, si bien señala el carácter abiertamente fraudulento de la elección que lo eleva por segunda vez a la primera magistratura, agrega:

"...tampoco podria negarse, especialmente a la vista de la obra realizada por Roca desde la presidencia de la Nación, que fue un mal necesario, para garantizar la paz social, cuyo quebrantamiento, en un país que contaba entre su población con más de dos millones de extranjeros y otra cantidad igual de descendientes de extranjeros en primera generación, habría podido equivaler al desarrollo de una anarquía de proyecciones insospechables." 89

El deseo de orden prevalece así sobre cualquier consideración democrática, si la primera presidencia había impuesto la "paz" en base al exterminio indígena, la segunda adquiere legitimidad al postergar la amenaza encarnada por los extranjeros prestos a soliviantarse, sobre esos "altos valores morales" cuyos contenidos se dan como autoevidentes.

<sup>84</sup> Mariano de Vedia, *Roca v su tiempo*, Buenos Aires, 1928.

<sup>85</sup> Mariano de Vedia, Roca en el escenario político, Buenos Aires, 1939, p. 18.

<sup>86</sup> José Arce, Roca 1843-1914. Su vida-Su obra. Buenos Aires. 1960.

<sup>&</sup>lt;sup>87</sup> El Museo Roca-Instituto de Investigaciones Históricas, sigue en dependencia de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, y funcionando en la casa donada por el Doctor Arce, en la calle Vicente López al 2200 de la ciudad de Buenos Aires

<sup>&</sup>lt;sup>88</sup> Jorge Newton fue autor de libros sobre la trayectoria vital tanto de personajes caros a la tradición liberal (*Urquiza, el Vencedor de la Tiranía* (1945); *Mitre, Una Vida al Servicio de la Libertad* (1965); *Carlos Pellegrini, el estadista sin miedo* (1965), como de caudillos federales, *Francisco Ramírez, el Supremo Entrerriano* (1965); *Facundo Quiroga, aventura y leyenda* (1965); *Angel Vicente Peñaloza, El Chacho* (1965).

<sup>&</sup>lt;sup>89</sup> Jorge Newton, *op. cit* , p. 176.

Por lo demás, Newton revive una actitud frecuente en la historiografía tradicional, en orden a morigerar al mínimo la presentación de antagonismos y conflictos entre personalidades y corrientes sobre las que se tiene una mirada parejamente positiva. Así, la relación entre Mitre y Roca es seguida a lo largo del libro a través de los momentos de acuerdo, el mutuo respeto que se profesaban cuando eran adversarios, los reconocimientos que se prodigaron mutuamente en declaraciones públicas, etc. Más allá de la transparente intención de presentar a todos los "próceres" como una legión de patriotas unidos en la elevación de sus miras, quedan asimismo resaltados los elementos de continuidad entre el momento "mitrista" y el "roquista" en la etapa fundacional de la Argentina moderna.

Fue con la última dictadura cívico-militar iniciada en 1976 cuando se desarrolló otro período en el que desde el Estado se encaró con dedicación e insistencia la exaltación de la actuación de Roca. Libros, congresos históricos, actos de homenaje, productos de la industria cultural. Todo converge en un tributo que se orienta explícitamente a la idealización de toda una época. Y se esfuerza en situar al personaje en ese conjunto. El Proceso de Reorganización Nacional centró la atención en el aprovechamiento de un doble centenario: En 1979 el de la expedición "al desierto", y en 1980, el del año emblemático de aquella generación de la Argentina "moderna y pujante", donde ya no había indios ni gauchos y los obreros de "ideas avanzadas" no eran todavía una amenaza tangible.

Roca era presentado como el presidente triunfante frente a los "enemigos internos" luego de haber sido un militar actuante en la lucha contra todas las rebeldías. Todo eso sin olvidar el combate con el enemigo exterior representado por el Paraguay. Y se lo asociaba a los intelectuales de la generación de 1880 para cimentar la idea de una República ilustre que debía refundarse al cumplirse un centenario de su plena instauración. Refundación a hacerse sobre la base de orden político elitista y el liberalismo económico que había sido asentada un siglo atrás. Y cuyo abandono habría acarreado los ingentes daños y amenazas que el PRN había venido a corregir con éxito. 91

Los militares genocidas gustaban mirarse en el espejo de este camarada de armas devenido en gobernante, en quien apreciaban tanto el impulso modernizador, como la vocación de orden. Y quizás sobre todo la decisión para enfrentar a los "enemigos internos" de su época.

Una vez retornado el régimen constitucional, la publicación de biografías de Roca en vena celebratoria, marca una corriente que, intermitente, se prolonga hasta nuestros días. En 1989 se publica una biografía novelada, narrada en primera persona como una suerte de "Memorias" fícticias. Nos referimos a la ya citada *Soy Roca*, de Félix Luna, que constituyó un enorme éxito de ventas, y ha sido objeto de varias reediciones.

Al capitalizar el desacartonamiento facilitado por la ficcionalización, Luna logró un relato verosímil y ameno, que proporciona una pintura del personaje con toques de

<sup>&</sup>lt;sup>90</sup> Entre las conmemoraciones de la campaña del desierto, se incluyó una miniserie televisiva de alto costo (la primera realización de ficción en color de la televisión argentina), difundida por el Canal 9, entonces estatal, titulada Fortín Quieto, emitida durante diciembre de 1979. Las referencias en los discursos y los homenajes eran constantes, tanto a la generación del 80 como a la épica de la "conquista del desierto".
<sup>91</sup> Esta idea de la "segunda fundación" de la Argentina fue difundida por un empresario e ideólogo vinculado al gobierno dictatorial, Ricardo Zinn, que publicó en 1976 un libro titulado *La Segunda Fundación de la República*, que en 1980 reeditó ampliado con el título *A cuatro años de la Segunda Fundación de la República*.

realismo, que no empañan sino que resaltan el trazo de una visión ampliamente favorable. Se halla implícita en el transcurso de toda la novela, una evaluación similar a la que Luna explicita en un breve trabajo reciente:

"Un hombre de su tiempo, escéptico sin duda, pragmático y hasta cínico a veces, pero con una clara conciencia de los intereses de su país. En suma, un estadista con el que la Argentina tiene una deuda de gratitud porque supo encarrilarla en las difíciles singladuras de su modernidad." <sup>92</sup>

Representativa del espíritu de época de "transición a la democracia", la narración presentaba al protagonista como hombre de espíritu moderado y juicio ecuánime, cuyos defectos y errores quedaban redimidos por sus objetivos impregnados de "conciencia nacional" y la vastedad de su obra constructiva. Esta obra inauguró una larga serie de éxitos en el rubro de la novela histórica y la biografía más o menos ficcionalizada, que en su mayoría convergieron en el efecto de revalorizar la visión tradicional de la historia con sus "próceres" al frente.

Unos años más tarde es dada a luz una síntesis biográfica, incluida en una colección destinada a un público masivo, asimismo bajo la dirección de Félix Luna y sin mención de la autoría de cada volumen. Publicada originalmente en 1999, ha sido relanzada luego con el sello del diario *La Nación*. El tono de panegírico queda en evidencia desde la denominación del capítulo inicial, dedicado a sus ascendientes y grupo familiar, llamado "Herencia y pasta de héroe." Luego se repiten los tópicos habituales sobre sus virtudes de conductor militar, sus dotes de político pragmático y astuto, e incluso se lo presenta como un devoto inclaudicable de los principios constitucionales. Se esbozan algunas críticas parciales, como a la política de concesiones ferroviarias <sup>94</sup>, o el señalamiento de los episodios de fraude electoral por él orquestados, como el de los comicios presidenciales de 1886. <sup>95</sup>. En el conjunto estos puntos oscuros obran como muestras de imparcialidad y espíritu crítico de quienes escriben, con el resultado de conferir un aspecto más equilibrado al balance altamente positivo que se ofrece como conclusión indiscutible.

A modo de conmemoración de los noventa años de su muerte, la Academia Nacional de la Historia le ha dedicado un volumen<sup>96</sup>, en el que la reconstrucción iconográfica ocupa el papel central. Las imágenes van acompañadas de tres artículos parejamente elogiosos, una prolija cronología y una síntesis bibliográfica, todo precedido por un prólogo que, remarcando el carácter institucional de la publicación, firma el presidente de la ANH. Desde el despliegue de una típica edición de lujo, la obra transparenta la intención de simbolizar por sí misma un juicio de carácter definitivo, ampliamente favorable, sobre la figura y actuación del tucumano. Encabezan el libro las evaluaciones de práctica sobre la trayectoria del homenajeado:

<sup>95</sup> *Iconografías Argentinas. Roca. 1843-1914*, Buenos Aires, 2004. La relación con el aniversario queda explícita en la portada, a cuyo pie se lee "En conmemoración del 90° aniversario del fallecimiento de Julio A. Roca 1914-2004"

-

<sup>&</sup>lt;sup>92</sup> Félix Luna, "La familia" en AA.VV, *Iconografias Argentinas, Roca, 1843-1914*, Buenos Aires, 2004, p. 19

<sup>93</sup> F. Luna, Julio A. Roca, Buenos Aires, 1999, p. 7.

<sup>94</sup> Ídem, p. 91

<sup>&</sup>lt;sup>96</sup> *Ídem*, p. 8.

"El accionar de Roca fue fundamental para la construcción de aquel país pujante, que, más allá de los conflictos políticos, sociales y aun económicos, marchaba orgulloso y confiado hacia lo que consideraba un promisorio porvenir."97

#### En cuanto al objetivo de la obra, se afirma que

"a través de sus páginas ofrece un adecuado fresco del país, sus hombres y su progreso, en buena medida alcanzados merced al accionar de aquel estadista pragmático, fuerte pero tolerante, que supo hacer realidad el ideario de sus días juveniles, cuando la Argentina marchaba hacia la Organización Nacional."98

En la misma publicación, en la sección dedicada a la actuación militar, Rosendo Fraga esboza una justificación de la "conquista del desierto", luego de afirmar que el pensarla como un genocidio constituye un juicio "ahistórico":

"Basta recordar cómo encaró el resto de los países del continente el problema indígena -v en especial los Estados Unidos- o cómo las potencias progresistas europeas, Gran Bretaña y Francia, realizaban la colonización en África y Asia, para comprender el sentido con el cual fue solucionado el histórico problema del indio."99

El argumento dista de sostenerse, ya que disculpa una política de exterminio por la existencia de otras de más envergadura o mayor empeño destructivo. Lo que en todo caso demuestra es el parejo salvajismo desplegado en nombre de la "civilización" en diferentes sociedades, cuando se hallaron en trance de conquistar nuevas fronteras para la acumulación capitalista y lograr poder omnímodo sobre las "razas inferiores".

En el mismo año 2004 fue editado otro libro, enteramente dedicado a historiar el paso de Roca de su lugar de militar exitoso al de máximo dirigente político nacional y presidente de la Nación. A través de un relato que sigue a Roca desde su bautismo de fuego hasta su asunción presidencial, el interés está puesto precisamente en la conjunción entre lo político y lo militar, interpretando la trayectoria del "zorro" como ejemplo acabado de la construcción de un liderazgo fundante de la nación y del Estado:

"Es a partir de su incorporación a la política activa (la de Roca) que el ejército nacional, y en general todas las fuerzas, adquirieron la vocación política de permanecer sumisas a las autoridades nacionales. Hasta entonces la política provincial marchó de contramano con la nacional, pero a partir de la incorporación de Roca a la lucha política ambas han de unificarse para estar de acuerdo en todo. Esa unión fue necesaria para superar el desentendimiento nacional, pues con él se ha de producir la nacionalización de la política a todo nivel, rompiendo con los estamentos hasta entonces existentes." 100

El tránsito triunfal del sable al bastón presidencial, es erigido a su vez en clave de la definitiva "integración nacional", que tiene entre sus bases la efectiva "nacionalización" del ejército, obediente ahora a un poder que, "civil" en términos de procedimiento institucional de acceso al mismo, surge del interior del estamento militar, y con los máximos honores. En tanto que hacedor de la consolidación estatal y

<sup>&</sup>lt;sup>97</sup> Íhidem

<sup>98</sup> Rosendo Fraga, "Carrera de Armas", en *Ìdem*, p. 50.

<sup>99</sup> Juan Carlos Coria, Julio Argentino Roca. De soldado a presidente. Círculo Militar, Buenos Aires, 2004, p. 176.

<sup>&</sup>lt;sup>100</sup> Ídem, p. 166.

nacional, el carácter elitista y fraudulento del régimen queda relegado a un lugar secundario.

En cuanto a la resolución de la "cuestión indígena", ésta no ocupa un lugar central en la economía del texto, cediendo espacio frente al tejido de los apoyos para la candidatura presidencial, o la posterior guerra civil y federalización de Buenos Aires. Ello no quita que se atienda a su justificación, por el ya socorrido argumento de minimizar la cantidad e importancia de las víctimas. Luego de contabilizar unos tres mil indios entre "rendidos", prisioneros, muertos y heridos, se señala:

"Ello corrobora con creces las palabras de Roca cuando afirmaba que en la pampa no quedaban indios (...) hay que anotar como saldo favorable, la aprehensión de los cinco últimos caciques que quedaban. Otro aspecto positivo fue la consolidación de la posición argentina para resguardar los derechos nacionales sobre la soberanía patagónica, poniendo fin práctico a las pretensiones chilenas..." <sup>101</sup>

Sin necesidad de adjetivaciones ni elogios altisonantes, el autor cierra una vez más el círculo de la justificación histórica de Roca: Autor, mediante la puesta en juego de un poder cívico-militar de una eficacia desconocida hasta entonces, de la consolidación interior del Estado nacional, contribuye al mismo tiempo a afianzar la soberanía externa, fijando las fronteras exteriores al único costo de "unos pocos miles" de indios.

¿Por qué Roca?

Cabe preguntarse acerca de los motivos del elevado atractivo que, a través del tiempo, la figura del general tucumano ha ejercido sobre los representantes del orden establecido; encanto sin duda maximizado bajo gestiones autoritarias con aspiraciones "fundacionales". Lo mismo cabe para su acentuado carácter de referente para el grueso del pensamiento liberal-conservador, aún por encima de figuras como Mitre o Sarmiento.

Toda su trayectoria puede ser tomada como la puesta en práctica de una ideología liberal que eludió hasta el empecinamiento cualquier contaminación democrática, salvo cuando tuvo amplísimas garantías de que el libre ejercicio del sufragio universal no atentará en lo más mínimo contra su poder económico, su posición y prestigio en el conjunto social, y su control del aparato estatal. Un liberalismo, afín al dos veces presidente, compatible con el fraude electoral, las proscripciones y los actos de violencia contra quiénes se resistan a integrarse a un "orden" presentado como el único deseable.

Del otro lado sólo quedan el atraso, la anarquía, la ignorancia, males a eliminar de raíz. Una vez impuestas las ideas identificadas *a priori* con el progreso, y en última instancia con la ciencia misma, quienes no las comparten deberán ser convencidos de la primacía de esos valores. O en su defecto silenciados o expulsados dela sociedad. Y si nada de ello es posible, exterminados.

El abandono de esos principios inamovibles en fases más cercanas del pasado argentino, será considerado desde el pensamiento conservador, como la clave de períodos de retroceso y decadencia.

Además juega el atractivo de que Roca fue, esencialmente, un hombre del poder. A diferencia de los representantes de la generación que lo precedió, no vivió el exilio ni la cárcel, y ni siquiera formó parte de ninguna oposición. Hombre del interior, pasó de la fidelidad a Justo José de Urquiza a la subordinación a Mitre, apenas Buenos Aires

<sup>&</sup>lt;sup>101</sup> *Ídem*, p. 166.

extinguió a la Confederación, imponiendo una concepción de la unidad nacional dirigida desde el puerto.

El hasta ese momento oficial de la Confederación se incorporará al ejército a las órdenes de los generales del presidente porteño, y combatirá a todos los alzamientos contra el gobierno nacional. Marchará contra los rebeldes de cualquier signo, desde federales como Ángel Vicente Peñaloza, Felipe Varela o Ricardo López Jordán, hasta al propio general Arredondo, su antiguo jefe, cuando a los "mitristas" se les cierre el camino del gobierno.

Obedece siempre al poder estatal, y así va ascendiendo peldaños, hasta no ser ya ejecutante de órdenes ajenas, sino quien las imparte. De ese modo hace toda su carrera desde el aparato estatal, el ejército en particular. No será periodista, ni parlamentario, ni hombre de letras, ni profesional liberal; sólo oficial, hasta llegar a ministro del ramo, en la cartera de Guerra y al grado más alto, de teniente general. De allí, a la Presidencia de la Nación, previo exterminio indígena. Una carrera política de ese tipo resulta apta como "modelo" de una acumulación de poder exenta de cualquier componente popular, al no deberle nada al apoyo de las clases subalternas.

Una vez ascendido al gobierno nacional, el tucumano se irá convirtiendo en el conductor político de una clase dominante. Para ello deja atrás el eje divisorio porteños-provincianos para convertir al aparato estatal nacional, ya estabilizado desde la Buenos Aires federalizada en el espacio de "arbitraje" y distribución de beneficios entre los terratenientes de la "pampa fértil y el resto de las clases dominantes provinciales, socias si se quiere menores, pero imprescindibles, del rápido crecimiento en clave agroexportadora que signará todo el período comprendido entre 1880 y la primera guerra mundial.

De ese modo, Roca puede ser considerado como el mayor impulsor de la consolidación del Estado nacional en nuestro país. En esa línea deben situarse la ocupación de los territorios indígenas y la federalización de Buenos Aires, dos tareas hasta entonces irresueltas que ponen las bases para una construcción estatal definitiva, y que preceden su asunción a la presidencia. Desde la unificación monetaria a la creación y regulación de los territorios nacionales, pasando por el servicio militar obligatorio y la "estatalización" de las atribuciones que sobre el estado civil de las personas, la organización familiar, y la educación mantenía la Iglesia. Todo apunta en la misma dirección. El poder, tanto en sus manifestaciones económicas y sociales como políticas y culturales, se centraliza y se concentra, para ser parcialmente redistribuido en torno a un núcleo reducido, soldado por múltiples vínculos de intereses y reciprocidades.

En términos de la relación entre Estado y sociedad, gran parte de la vida pública desenvuelta por fuera del aparato estatal se ve anulada por un poder que reclama "desde arriba" el monopolio de las decisiones, que mantiene la formalidad del sufragio mientras expropia los mecanismos de decisión efectiva. El voto proporciona un principio de legitimidad anulado por la práctica política real, y desde la concepción misma de la organización social que se lleva al efecto.

A todo ello se rinde homenaje en la persona de Julio Argentino Roca, figura quizás única a la hora de proveer a las clases dominantes de un conductor que, si bien carente de vuelo doctrinario, resultó más que eficaz en el momento de diseñar una estrategia y llevarla a cabo con éxito por un plazo prolongado.

Se explica así, en parte, la evocación de tono nostálgico con que suele recordarse su época, identificada por el pensamiento conservador con el reinado de la prosperidad

asociada al orden, y a la existencia de una Argentina nimbada de una respetabilidad internacional a la que se estima perdida luego para siempre. La nostalgia alcanza a una "clase dirigente" cuya eficacia y sabiduría práctica se asocia asimismo a un pasado irrepetible. 101

# Algunas reflexiones finales

Desarrollar un juicio crítico en torno a la actuación pública de Roca, y acerca del período histórico durante el cual fue el dirigente político más gravitante, exige contextualizarlo verdaderamente en la época; la clase social a la que pertenecía, y el aparato estatal desde el cual desarrolló toda su vida pública.

Si se asume la identificación entre el Estado y los intereses generales, sin destacar su carácter de clase, se acepta la idea liberal de un "progreso" asimilado plenamente con la acumulación capitalista, cuyos beneficios se derramarían sobre toda la sociedad. Si no se abandona la noción de un cierto derecho eminente de las fuerzas del capitalismo (a menudo identificadas sin más con la "civilización") a imponerse sobre formas sociales precapitalistas por la fuerza y hasta mediante el exterminio, el balance sobre el período Roca será, muy probablemente, auspicioso.

Bajo ese prisma, hasta una de las acciones decisivas de la época, la apropiación de una vasta extensión de territorio por capitalistas ávidos de tierras en las que producir más bienes agrarios para la exportación, puede convertirse en una epopeya a favor del progreso económico-social y del afianzamiento de la soberanía nacional.

Una visión que divida las fuerzas sociales y los actores políticos en una dicotomía entre tradicionales y modernizadoras, y sitúe sobre ese eje la llave maestra para interpretar las transformaciones sociales, encontrará, sin duda, que Roca fue el modernizador por excelencia. Claro que dejará de lado el enfoque del conflicto social.

El desarrollo ferroviario, la construcción de los principales puertos, la enseñanza laica y obligatoria, el rápido ingreso y difusión entre las elites de los últimos avances de la cultura y la tecnología europeas, el ejército provisto de mejor armamento, organización y una base social más amplia; los edificios públicos grandiosos, las obras de salubridad; todo rezuma modernidad. Nos habla de un crecimiento vertiginoso, y construye la imagen de una Argentina "con destino de grandeza". Si se mantiene esa perspectiva se podrán formular objeciones a tales o cuales actitudes de Roca, criticar ciertas políticas, señalar luces y sombras en su relación con las instituciones republicanas y las libertades públicas, pero es altamente probable que se arribe a un juicio favorable.

Son enfoques que, a nuestro juicio, no consiguen escapar a los límites de la comprensión de los propios actores involucrados, cuando no adoptan una visión del progreso social y de las funciones de los poderes públicos, en líneas generales coincidente con la de aquéllos. A veces se ponen en tela de juicio los métodos, las modalidades concretas de realización, pero no se cuestiona a fondo la "empresa civilizatoria", no se pone en evidencia su base de sometimiento social y exterminio. Y de obturación de una perspectiva de desarrollo auténticamente democrático.

El arribar a una cabal comprensión sobre Roca y su época, requiere, creemos, examinar una serie de rasgos centrales, no todos visibles con facilidad: a) Los estrechos límites de clase que tenían los beneficios del crecimiento económico vivido en su época; b) el fuerte condicionamiento a los dictados del mercado mundial, y a la lógica de búsqueda de rentabilidad del gran capital externo de la estrategia de acumulación adoptada, c) el carácter de buena parte de las políticas gubernamentales, orientadas a proteger y

promover desde el aparato estatal el patrimonio y las rentas de las clases propietarias, empezando por un sistema tributario y un manejo del valor de la moneda radicalmente inequitativos y clasistas. d) La desposesión de los derechos ciudadanos de la mayor parte de la población, excluida de los derechos políticos y sólo beneficiaria de unas libertades civiles que podían ceder en su vigencia en cuánto se incurriera en planteos contestatarios o "alteraciones del orden".

Y si aparece innegable que nadie merece más que Julio Argentino Roca ser considerado el fundador definitivo del Estado nacional argentino, debe tomarse en cuenta que tal creación se realiza sobre episodios como la destrucción militar y la reducción a servidumbre de los indígenas, <sup>102</sup> que abren su primera presidencia. Y la represión a las huelgas de 1902 y la promulgación de la Ley 4144, habilitadora de la expulsión de extranjeros, que culminan su segundo período.

Vista bajo esa perspectiva, la idea tradicional de Roca como principal impulsor de una "visión del mundo" que colocaba a la sociedad argentina en la senda de convertirse en una de las más avanzadas, con una organización que podía no ser perfectamente democrática, pero era de indiscutible inspiración liberal-republicana, aparece muy difícil de sostener.

Pero más allá de la refutación por parte de una mirada crítica de los puntos centrales sobre los que se asienta su glorificación, no se puede comprender a fondo a esa figura histórica si se la ve como el fruto de rasgos personales, o como parte de la falta de visión estratégica o carencia de ética de la "oligarquía" de que formó parte. O bien de una exitosa conspiración encabezada por el capital británico y los "cipayos" vendidos a sus intereses.

En realidad, la actuación de Roca como líder político y presidente fue altamente funcional a los intereses de una clase para la que contribuyó a asegurar el predominio económico en una época de expansión; la ocupación efectiva de un vasto territorio, el manejo indisputado del poder público, y una hegemonía ideológico-cultural que tardaría mucho tiempo en verse seriamente conmovida.

Desde la pertenencia a dicha clase; la identificación con sus valores fundamentales, o la deferencia que renuncie a disputarle seriamente su posición de dominio; sólo pueden existir matices en el reconocimiento a quien, desde esa perspectiva, fue un verdadero "padre fundador".

Si en cambio, en la ineludible toma de partido, se elige a las clases subalternas, a los explotados y marginados del pasado y el presente, el resultado será muy diferente. En los últimos años se vienen multiplicando las manifestaciones públicas que indicarían la expansión de una conciencia crítica sobre los aspectos más deletéreos de la trayectoria de Roca. Una parte no desdeñable de la sociedad argentina parece no estar ya dispuesta a convalidar con su silencio los monumentos erigidos en su homenaje y los discursos laudatorios.

<sup>&</sup>lt;sup>102</sup> Un pormenorizado estudio del tratamiento dado a los indígenas por parte del poder público nacional después de la desposesión territorial, se encuentra en E. H. Mases, *op. cit*.

38

# Argentina: la lucha por la tierra y la apología de Roca\*

La visión celebratoria en torno a la figura de Roca, y en particular de su rol de conducción en la "Conquista del Desierto", se articula con el discurso que sólo "tolera" la presencia de los pueblos indígenas si puede mantenerlos en la pobreza, la marginación y el silencio.

En un acto en el cementerio de La Recoleta, el excandidato a vicepresidente de la Nación y actual auditor general, Miguel Ángel Pichetto, aprovechó su lugar de orador en un homenaje anual a Julio Argentino Roca para redundar en su enfoque "antisubversivo" de los actuales conflictos por recuperación de tierras ancestrales que comprenden a los mapuche.

La prédica, que ya lleva unos años, apunta a crear un nuevo enemigo interno, encarnado en primer lugar por la Resistencia Ancestral Mapuche (RAM) y extendido a todas las reivindicaciones de tierras. Se las presenta como peligrosos atentados contra la propiedad privada. Y más todavía, como acechanzas contra la propia existencia del Estado nacional.

En su alocución de la Recoleta el actual integrante de Juntos por el Cambio afirmó: "No hay que reconocer a estos pueblos seudo-originarios que no reconocen la bandera, las autoridades, el himno, ni la Iglesia".

Escribe Pichetto en una nota del 20 de octubre en *La Nación* que forma tándem con su intervención en el cementerio: "¿Por qué la izquierda enarbola hoy la bandera indigenista? La respuesta es muy simple, porque ataca frontalmente la propiedad privada, enemiga esencial del comunismo, deslegitima la ley y el Estado desde su origen, proclamándolo usurpador y ladrón. En definitiva, lo que se busca es la disolución del poder nacional." No puede reprochársele falta de claridad y contundencia en su exposición.

Es muy congruente que a partir de ese supuesto de "unidad nacional amenazada", se exalte a la figura de Roca. A quien el pensamiento conservador de nuestro país identifica, no sin razón, como uno de los fundadores del Estado argentino moderno. Desde la unificación monetaria al servicio militar obligatorio, fueron varios los pilares del Estado nacional cuya construcción tuvo que ver con sus gestiones.

Quien fuera un gran organizador y beneficiario del fraude electoral fue asimismo protagonista del genocidio que despojó a las comunidades originarias y a los mapuche en particular. El despliegue de un enfoque de conquista, exterminio y sometimiento, en pro de una sociedad a la que se quería blanca y "europea".

La "solución" del "problema" del dominio de los "salvajes" (así se solía llamarlos) implicaba incorporar amplísimas extensiones a la explotación agropecuaria. El hambre de tierras de los estancieros alcanzó una saciedad pocas veces vista. Las bases para el auge de la "república agropecuaria" que ocupó el tránsito del siglo XIX al XX estaban

echadas. "Paz y Administración" era la divisa gubernamental. El primer término, "paz" se asentaba sobre la muerte o servidumbre del "otro".

<sup>\*</sup> La publicación original de este artículo se efectuó en el portal digital *Tramas. Periodismo en movimiento*, el 20/10/2021.

Más allá de la devoción o la mirada crítica durante distintos gobiernos, la figura del general tucumano es aún objeto de culto por parte del aparato estatal. Allí está el Museo Roca, de jurisdicción nacional, que tomó parte activa del homenaje que nos ocupa.

Y pese a los esfuerzos que supo desplegar la agrupación Awka Liwen, con Osvaldo Bayer a la cabeza, una avenida que desemboca en la Plaza de Mayo lleva todavía el nombre del "prócer", cuya imagen uniformada y ecuestre se erige en la intersección de la diagonal que lleva su nombre con la Avenida de Mayo y Perú. Un Estado Nacional que, por acción u omisión, rinde tributo al general-terrateniente y otros genocidas

Pese a haber transcurrido bastante más de un siglo, el agradecimiento de las clases dominantes sigue vigente. Al igual que su propósito de perpetuar el despojo de los pueblos originarios. Lo que se articula con otro objetivo permanente: La descalificación, y en cuanto se puede la persecución activa, a quienes se atreven a cuestionar de un modo u otro la organización capitalista de la sociedad. O a los que ponen en duda en alguna medida la autoridad del sacrosanto Estado nacional.

También afirmó el ex senador rionegrino en su discurso: "Hay una construcción de la izquierda dura que quieren calificarlo (a Roca) de genocida que no se ajusta para nada la historia misma. La Patagonia era un territorio difuso, donde también tenía expectativa Chile (de) ocuparla. La acción de la Campaña del Desierto fue estratégica de la soberanía territorial."

Allí se encuentra una apreciación habitual de los partidarios del tucumano, la pretensión de legitimar a la "conquista" bajo la cobertura de la defensa de la soberanía. Puede argumentarse que no fue defensa ni preservación frente a Chile sino una ofensiva armada contra los poseedores del territorio hasta ese momento.

Y no es casual que estos "soberanistas" casi nunca mencionen la ocupación de tierras susceptibles de explotación rentable con prevaleciente destino a la exportación. Las mismas tierras que fueron repartidas entre quienes ya eran terratenientes y otros que lograron acceder a la propiedad de las extensiones tomadas "al salvaje" por vía de sus influencias políticas y militares. El objetivo económico aparece muy en segundo plano, a favor de la "soberanía nacional".

La visión exaltadora en torno a la figura de Roca, y en particular de su rol de conducción en la "Conquista del Desierto" se articula con el discurso que sólo "tolera" la presencia de los pueblos indígenas si puede mantenerlos en la pobreza, la marginación y el silencio. El que a su vez se complementa con la incitación a reprimir sin miramientos a las tomas de tierra y a criminalizar y encarcelar a quienes las impulsan, sean o no indígenas. No por casualidad la derecha y sus expresiones mediáticas armaron revuelo en su momento por la "defensa" del lonko Facundo Jones Huala 103 que atribuyen al embajador argentino en Chile, Rafael Bielsa.

Todo esto marca un desafío para los que estamos en la vereda de enfrente de la adoración de la propiedad privada y la apología del genocidio. Es el de atreverse a desarrollar un riguroso replanteo del papel y el carácter del Estado nacional en Argentina.

<sup>&</sup>lt;sup>103</sup> Dirigente mapuche acusado de cometer delitos en Chile. El Estado chileno solicitó y finalmente obtuvo su extradición, tras un prolongado proceso judicial.

Esto último incluye la disposición a dar el debate sobre el rasgo plurinacional de nuestra sociedad. La prejuiciosa visión que describe a nuestra tierra como "un país de inmigrantes", tan difundida en diversos círculos más o menos oficiales y con poder, requiere ser puesta en crisis de modo definitivo. No se trata de disminuir y menos de negar la protagónica presencia de las corrientes inmigratorias. Sería sí deseable reivindicarlas en su participación decisiva en las luchas obreras y populares desde fines del siglo XIX y no como "masas laboriosas" en búsqueda de ascenso social, sometidas a los dictados de la burguesía terrateniente y urbana.

Lo anterior es del todo compatible con la condena sin atenuantes del avasallamiento del territorio indígena, que comprendía hasta 1880 e incluso después, a más de la mitad de la extensión de la República Argentina actual. En cuanto a la presente disputa por la tierra, relacionada o no con las reivindicaciones de los originarios, es en gran medida una expresión de la lucha de clases en nuestro país. Confrontación en la que la vereda donde ubicarse está más que clara.

# Roca, la "argentinidad" y el crimen\*

La propuesta de traslado de un monumento del "conquistador del desierto" ha desatado una controversia que debería conducir a una amplia reconsideración del pasado nacional y de las bases de sustentación del Estado argentino.

Las autoridades de San Carlos de Bariloche han decidido desplazar al monumento a Julio Argentino Roca del Centro Cívico de la ciudad hacia otro lugar menos conspicuo. La argumentación de la decisión por parte del intendente ha sido muy prudente. Hasta se la podría tildar de tímida o evasiva. Considera que su presencia en un sitio tan céntrico se torna "conflictiva" y recuerda que es "vandalizada" con frecuencia. El traslado tendría entre sus finalidades principales la preservación de la obra escultórica.

Aducen también que es necesario liberar la superficie del Centro Cívico, de acuerdo al diseño original del proyecto. La estatua no irá a un depósito ni a un lugar muy alejado, sino a un espacio que compartirá con, entre otras, la imagen de Juan Manuel de Rosas.

No hay una condena del personaje, al menos no está explicitada, aparecen más bien referencias a que "...los pueblos originarios se sienten afectados por la presencia de Roca. Para evitarlo, es bueno buscar un lugar que no sea tan central para la mirada de quien va al Centro Cívico, que es utilizado por todos" (Declaraciones del Intendente Gustavo Gennuso del 24/07/2023.)

Esos zigzagueos discursivos tuvieron una recepción por lo menos escéptica de parte de las comunidades originarias. Orlando Carriqueo, huerquén del Parlamento Mapuche Tehuelche de Río Negro sostuvo "...los fundamentos para el traslado de la estatua de Roca en Bariloche son paisajísticos, no por reconocimiento de genocidio." "Si hay que sacar la estatua de Roca es por lo que significa para nosotros, los pueblos originarios. (...) Ahora lo que intentan es resguardarlo del, entre comillas, vandalismo."

# ¿Defensa de la soberanía o genocidio?

Como era de prever, la estudiada moderación de la autoridad municipal, avalada por la Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos no inspiró ninguna elemencia por parte de la oposición de derecha.

Fueron varios lxs dirigentes de ese sector que salieron al ataque contra el traslado, y en defensa de uno de sus "próceres" favoritos. Algunos de ellos lo hicieron en un tono destemplado, con el rionegrino Miguel Ángel Pichetto a la cabeza. No vale la pena reproducir esas expresiones, ya expuestas y analizadas en otra ocasión.

Las razones para la defensa del dos veces presidente suelen ir encabezadas con la justificación de "la conquista del desierto" como factor de consumación de la integridad territorial del país y de preservación de la soberanía nacional sobre la Patagonia, disputada con Chile.

A la hora de disculpar la masacre de pueblos indígenas se acude a que no hay que aplicar categorías acuñadas en épocas posteriores, como la de "genocidio"<sup>104</sup>. Como si el asesinato masivo de indígenas no fuera un crimen cometido en perjuicio de una población

<sup>\*</sup> La publicación original de este artículo tuvo lugar en el portal digital Tramas. Periodismo en movimiento, con fecha 30 de julio de 2023

<sup>&</sup>lt;sup>104</sup> El término "genocidio" fue acuñado en 1944 por el jurista polaco Raphael Lemkin, a la vez propulsor de que fuera considerado un delito de derecho internacional. Lo definió en su obra *El poder del Eje en la Europa ocupada*, publicada ese mismo año.

a la que se deseaba eliminar o desplazar. Sustancia del genocidio, más allá de la denominación que se le aplicara en la época.

Nada dicen los panegiristas del general tucumano acerca del destino con trazas de esclavitud de las y los originarios sobrevivientes; alejados de sus lugares de procedencia, repartidos entre familiar porteñas como sirvientes, recluidos en un campo de concentración en la isla Martín García, sometidos a trabajos forzados en los ingenios tucumanos.

Se escinde el hecho de la "conquista" de su propósito económico y social fundamental: La integración de vastísimos espacios a la explotación capitalista de la tierra, previo reparto de esas extensiones a un núcleo de terratenientes que en muchos casos vio ampliados los dominios que ya tenían en otras partes del país. Mediante ese escamoteo, resulta más cómodo presentarla como una "gesta" desinteresada y patriótica.

La "epopeya" del Sur no fue una realización de toda la nación sino una empresa de la clase dominante, orientada al afianzamiento del proyecto agroexportador que vertebraba al capitalismo argentino.

Cabe señalar aquí una inconsecuencia. Los fervorosos defensores de la integridad territorial, que endiosan a Roca por haber puesto a la Patagonia bajo soberanía nacional efectiva, no formulan la menor objeción a que porciones del territorio nacional sean hoy apropiados por empresarios extranjeros para su explotación económica o disfrute exclusivo.

Los mismos que tiemblan de indignación ante cualquier ocupación de tierras por comunidades mapuche, se codean con Joe Lewis, el "dueño" de Lago Escondido. Y contribuyen en la medida de sus posibilidades a ofrecerle nuevos y redituables negocios, Como sus antecesores del siglo XIX y principios del XX, los valedores del capitalismo argentino de hoy utilizan una lente que deforma a la hora de apreciar la soberanía. Fervorosos defensores de la identidad nacional a la hora de enfilar hacia trabajadores, pobres y desposeídos, la vara se tuerce o cambia si se trata de celebrar los avances de los "inversores externos".

# ¿Fundador del Estado argentino?

Junto con las especiosas aseveraciones a favor de la "conquista", los valedores de quien dirigiera el Partido Autonomista Nacional, lo destacan como autor fundamental de la consolidación del Estado y eminente modernizador de esta sociedad.

Allí, entendemos, no cabe la refutación, porque esas afirmaciones contienen muchos elementos de verdad, claro que percibidos con una mirada de clase. Se trata de comprender el rol fundacional del dos veces presidente con una visión clasista opuesta, la de los explotados o excluidos.

Roca fue un auténtico fundador del Estado argentino. Con su gestión coincide la ocupación efectiva del territorio, el arreglo de los principales conflictos de límites, la federalización de Buenos Aires, la configuración del Ejército nacional (incluyendo el servicio militar obligatorio y su carácter de única fuerza armada en el país), el establecimiento de la unidad monetaria, la realización de obras de infraestructura fundamentales para integrar el mercado nacional, las medidas que dieron forma a una parcial separación entre Iglesia y Estado, la regulación básica de la educación pública, etc.

Y con él se implanta un régimen político elitista y fraudulento, pero estable, en un país donde hasta entonces, los comicios solían terminar en guerras civiles. La "paz" que se pretendía imponer se asentaba también en la potestad estatal para expulsar extranjeros "revoltosos". La que fue fijada en la Ley 4.144, conocida como "de residencia", una piedra angular para el combate contra el movimiento obrero.

Si la mirada que se adopta sobre la historia y el presente argentinos es la de los "dueños del país", la de la deferencia hacia una clase capitalista que, como muchas otras en el mundo, avanzó chorreando sangre y fango, se entiende que la valoración hacia el "prócer" sea de agradecimiento e incluso de veneración. Esta sociedad desigual e injusta pero proveedora de grandes beneficios para los propietarios de los medios de producción, nativos y extranjeros, le debe mucho al hombre que llegó con las armas al Río Negro. Quienes lucran en ella no muestran sino coherencia al exaltarlo y clamar en defensa de sus estatuas.

### "Los de abajo".

Si en cambio, se adopta el punto de vista de las clases subalternas; los explotados y marginados del pasado y el presente y las víctimas del genocidio indígena, la conclusión será opuesta.

En las últimas décadas se vienen multiplicando las manifestaciones públicas de una conciencia crítica sobre los aspectos más destructivos de la trayectoria de Roca. El reclamo por la vida y por la tierra ancestral de los pueblos originarios ha alcanzado una presencia creciente, que comprende la demanda de reconocimiento del genocidio.

Una parte no desdeñable de la sociedad argentina parece no estar ya dispuesta a convalidar, ni siquiera con el silencio o la indiferencia, los monumentos erigidos en su homenaje y los discursos laudatorios.

Con todo, la eventual supresión del culto a Roca implica una contradicción ideológica y política fuerte para el Estado nacional argentino tal como lo conocemos. Como hemos visto, descansa hasta hoy en bases provistas durante la actuación pública del general tucumano.

Llevar a fondo el cuestionamiento a lo que significó el "roquismo", se vincula a definirse por una sociedad argentina fundada sobre nuevos principios. Lo que conduce a cuestionar las vías de desarrollo del capitalismo argentino y su pervivencia actual. Y en el plano político a colocar en tela de juicio la idea misma de nación que ha tenido prolongado consenso en nuestro país.

La respuesta necesaria es una noción de Argentina que se cuestione la concentración del capital y la tierra. Que deje de identificarse con la presunta "blanquitud" europea de nuestra sociedad. Y rechace el ninguneo de los que no vinieron "de los barcos".

Lo que requiere una batalla política y cultural de vasto alcance que tiene entre sus muchos puntos a cumplir, el de la "desmonumentación" del "conquistador del desierto".

# Roca, la fundación del Estado argentino y la masacre\*

Julio Argentino Roca es un auténtico fundador del Estado argentino. Es una constatación que precede a la valoración crítica de su papel.

Con sus gestiones presidenciales, en especial con la primera, coinciden el avance en la ocupación efectiva del territorio, matanza de indígenas mediante, el arreglo de los principales conflictos de límites, la federalización de Buenos Aires.

Se genera por primera vez una maquinaria estatal consolidada, y al mismo tiempo se dedican esfuerzos y recursos materiales y simbólicos a generar una ciudadanía antes inexistente. Donde había gauchos, indios e inmigrantes recientemente arribados, el estado se propone crear "argentinos", fieles súbditos del Estado nacional, impulsados por un "patriotismo" que hasta ese momento no había tenido referencias firmes.

Lo hace a través de la expansión de la educación pública, la conscripción obligatoria, la institucionalización del culto patriótico. 1880 puede ser considerada como fecha de origen del Estado argentino con motivos al menos tan sólidos como 1816 (la declaración de independencia de España) o 1852 (la primera constitución nacional).

### Perfil del "Hombre de Estado".

Nació en Tucumán, hijo de un guerrero de la independencia, el coronel José Segundo Roca, hombre todavía sin fortuna, que también tomó parte en la guerra con Brasil y en varios episodios de los conflictos civiles.

Durante su trayectoria, Julio Argentino experimentó un fuerte ascenso social, individual y de su entorno inmediato. Se convertirá en un propietario rural de primer orden, en parte gracias a donaciones estatales. Y su grupo familiar será pionero en el enriquecimiento a través de contratos estatales (provisión a las fuerzas armadas, en primer lugar). Será alguien que comprende (y contribuye a organizar) los mecanismos de enriquecimiento rápido, diversificado y asociado a la prebenda estatal. Los mismos que caracterizaron la conformación de la clase dominante en la Argentina "moderna" y se extienden hasta nuestros días.

Roca se identificó ininterrumpidamente con el orden, con el país "oficial". En el ejército, desde 1859 en adelante, jamás estará del lado de los insurrectos o los disconformes. Luchará contra el "Chacho" Peñaloza, alzado en armas en La Rioja, luego contra Felipe Varela, en la misma provincia.

Hará, disciplinado, la guerra del Paraguay, a la que amplios sectores se resistían. Marchará a la caza de Ricardo López Jordán, una y otra vez rebelde en Entre Ríos. Derrotará a la sublevación del ex presidente Bartolomé Mitre, en 1874, para convalidar una elección fraudulenta. Todo hasta llegar en 1877 al ministerio de Guerra, de ahí al comando de la "campaña al desierto", y finalmente a que las armas de la nación impongan a Buenos Aires, breve guerra civil mediante, su candidatura presidencial y la "federalización" de la ciudad.

<sup>\*</sup> La publicación original de este artículo se efectuó en el portal digital Contrahegemonía web del 3 de octubre de 2023.

# La "Nueva Argentina".

El general tucumano será la figura política decisiva durante treinta años, desde fines de la década de 1870 hasta poco antes de 1910. Electo presidente dos veces (1880-1886 y 1898-1904) en el interregno entre ambas presidencias fue el líder político más gravitante, el organizador de la maquinaria política nacional. Esos roles coinciden en el tiempo con el ingreso más pleno de Argentina al mercado internacional, cuando el cereal primero, y la carne después, se unen a la lana (y la superan) como principal rubro de exportación.

Y las inversiones británicas (y en menor medida estadounidenses) se orientan cada vez más a la infraestructura para el comercio exterior, en forma de ferrocarriles, puertos, frigoríficos. Ese crecimiento agroexportador está asentado en parte en un acelerado reparto de tierras, que tiene en los nuevos espacios generados por la "conquista del desierto" y en la más gradual campaña del Chaco, una base fundamental.

Los grandes apellidos locales, que controlan la tierra pero también inciden en los bancos, el gran comercio y parte de las incipientes industrias, se asocian con el capital extranjero que se reserva el dominio del transporte, los servicios públicos y las comunicaciones.

Esa integración será sustento, al mismo tiempo, de una gigantesca "modernización" económica, y asimismo social y cultural. La "oligarquía argentina" comienza a pensarse como la hacedora de un gran país, de una porción de civilización de matriz europea en el "bárbaro" suelo de América del Sur. Los intendentes de Buenos Aires de la época derriban buena parte de la ciudad colonial para convertirla en una metrópoli de pretensiones "civilizadas".

Él no será un intelectual, pero sabrá servirse de los intelectuales. A su lado, como ministros, consejeros o secretarios privados, estarán Eduardo Wilde, Paul Groussac, Joaquín V. González, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Alberto Navarro Viola. No escribió más que correspondencia y discursos, sin embargo logró sentar las bases de un "proyecto de país" desplegado hasta el presente.

Destacados hombres de letras brillan por entonces en los salones porteños, cultivando un estilo más mundano y cosmopolita que el de sus antecesores. En lo político-institucional, el dos veces presidente pondrá en marcha la "república posible" ideada por Juan Bautista Alberdi, que culminará su obra escribiendo una celebración del papel unificador y de institucionalización del general con aspecto de "archiduque austríaco", *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital*.

Tal república se hallaba irrealizada hasta 1880, atrapada en un horizonte de guerras civiles y rebeliones constantes.

Con el fraude electoral, sistematizado y en parte "desmilitarizado", con la Liga de Gobernadores y el partido autonomista nacional, el P.A.N. (lo que explica magistralmente Botana en *El Orden Conservador*) Roca construye un escenario de "pacificación" y de consolidación de la autoridad nacional. Y de administración racional y ordenada de una sociedad cuyas premisas básicas ya no se discuten en los círculos del poder.

Al interior mismo de las clases dominantes, el Estado nacional del período "roquista" actuará como enlace entre distintas fracciones territoriales de esas clases, asentadas en cada provincia. Y hasta ese momento siempre enfrentadas con la burguesía predominante de Buenos Aires, y en disputa por el poder político local y regional.

El general organiza un cierto "reparto" en materia de inversiones estatales, que afianzan la integración de esas burguesías locales, incluyendo las no ligadas a la generación de excedentes exportables en la región pampeana. Éstas últimas se incorporan al aparato estatal nacional y sus representantes más dilectos circulan fluidamente por los cargos públicos nacionales.

Una parte de esa obra de consolidación de las clases dominantes y del Estado está ligada al control represivo, cuando no al exterminio, de las "clases peligrosas".

El control sobre los habitantes no indígenas del medio rural, su reducción a mano de obra asalariada o a carne de cañón en los fortines, es anterior a la actuación político-militar del tucumano. A él sí le tocará encararse contra los "malones" provenientes primero de Salinas Grandes y luego de Nueva Pompeya y Almagro (como escribiera David Viñas).

Primero los indios, después los "gringos". Se pasa a defender lo "criollo", marcando fronteras sociales internas.

En dirección a los "salvajes" la segregación se corporiza en las normas orientadas a conquistar el desierto (con su empréstito reembolsable en tierras y sus leyes de premios militares). Y para los extranjeros en la Ley de Residencia, la 4144, de 1902, que faculta a la expulsión de migrantes "indeseables" por su actuación social e ideas políticas.

Lo acompaña una ideología de defensa violenta del orden establecido, que sería completada por el "higienismo", el racismo de base biologista, y la criminología. La protesta social es considerada delito, motivo de exclusión de la comunidad nacional y del territorio. El adversario de clase es pintado como criminal nato, bestia con forma humana, para legitimar su represión y de ser necesario, su aniquilación.

## La mirada desde el presente.

Tal como lo esbozamos brevemente, el hombre de "Paz y Administración" o, mejor expresado, el sistema que impuso, fueron decisivos en la formación de nuestro país y sus huellas continúan hasta el presente.

No por azar la prédica más conservadora en nuestra sociedad tiene aún un eje central en la referencia al presidente de 1880. Se lo considera como "padre fundador" de un orden perdido, un tiempo de esplendor, irrepetible hasta ahora, que habría que recuperar. En las versiones más radicalizadas, predomina un "decadentismo" que equipara al comienzo del irrefrenable declive nacional con el ocaso del "orden conservador" presidido por la figura de Roca.

La reivindicación de ese orden de profunda dependencia económica y desigualdad social; antidemocrático, elitista, racista, dice mucho acerca de quienes la propician y del modo en que entienden la defensa exclusivista de sus intereses de clase.

Una perspectiva de superación del imperio de la desigualdad y la injusticia, que entronque con las mejores tradiciones de luchas sociales y de impugnación del sistema capitalista no puede estar sino en las antípodas del culto al "conquistador del desierto". El país oficial, con entusiasmo o reticencias, le sigue rindiendo homenaje a través de monumentos, y nombres de calles y ciudades.

Quienes abrevan en una pretensión crítica, aspiran a la ruptura de los hilos de continuidad con el "modelo de país" que edificó, basado en la explotación, la segregación y el crimen. La Argentina que queremos no puede ser la misma que la de hoy, que en varios sentidos es "hija" de Roca.

Los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner no han sido "roquistas". Y el de Mauricio Macri en general se despreocupó de enhebrar un discurso histórico. Pero el roquismo oficial es una "política de Estado" en Argentina, no sencilla de modificar sin una clara voluntad de cambiar el rumbo, aún a riesgo de críticas y enfrentamientos. Allí están el Museo Roca, obra de un conservador pasado al peronismo como José Arce y dependiente del Ministerio de Cultura de la Nación; el gigantesco cuadro con su figura que orna el Congreso de la Nación, decenas de monumentos, su nombre aplicado a numerosas calles y escuelas.

La ruptura pública y explícita del Estado con la figura de Roca sería un fuerte cimbronazo para las tradiciones estatales argentinas y sus vínculos orgánicos con las clases dominantes del país. Sujetaría a escrutinio crítico el de qué se habla cuando se asume acríticamente las ideas de soberanía territorial, de nacionalidad argentina, de Estado nacional, que han construido e implantado las clases dominantes.

La supresión del culto ofrendado al primer genocida de nuestras tierras, daría además una nueva coherencia a la condena a las masacres posteriores, incluyendo aquéllas aún no reconocidas plenamente (la Semana Trágica, la Patagonia, etc.), y apuntaría a establecer una nueva relación con la historia real de los orígenes de nuestro país, terminando al menos con la hipocresía de que se rinda homenaje al gaucho, al indio y al inmigrante, al mismo tiempo que se impulsa, o al menos se acepta, la glorificación de sus exterminadores.

Todo esto toma nuevas dimensiones ante la asunción de un nuevo gobierno que impulsa una visión de la historia en la que la "era de Roca" es mostrada como el período más glorioso de la historia argentina, signada por la "civilización" y el éxito económico. Lo que se complementa con un "decadentismo" que considera que todo lo venido después es sólo una prolongada degradación que nos ha llevado al límite de la disolución nacional. La impugnación del universo de pensamiento "roquista" es hoy más necesaria que nunca.

## Las manchas en el bronce\*

Un libro muy reciente refuerza una huella crítica a propósito de Julio Argentino Roca, "héroe" de las clases dominantes y verdugo de los pobres y explotados.

Nos referimos a Fui Roca. Un bronce herido de muerte, publicado en septiembre de 2023.

El título de esta obra refiere con claridad al más exitoso de los volúmenes dedicados a la defensa de quien fuera dos veces presidente de Argentina. Nos referimos a *Soy Roca*, de Félix Luna, novela histórica que alcanzó ventas masivas con una bien escrita y amena apología del "conquistador del desierto" y no ha dejado de ser reeditada desde entonces.

La primera edición de esa narración en primera persona de la vida del "prócer" data de 1989. El libro de Valko no es una réplica a la distancia al fundador de *Todo es Historia*. Sí constituye una reafirmación del debate que, encabezado durante mucho tiempo por Osvaldo Bayer, jalonó las más de tres décadas transcurridas desde la publicación original del libro de Luna.

La percepción de que Julio Argentino Roca encabezó un genocidio de la población originaria está hoy extendida entre vastos sectores de la población de nuestro país. Lo que se acompaña en muchos casos con una adecuada ubicación de su papel de represor hacia el movimiento obrero. Bajo las consideraciones raciales se albergaban los propósitos de clase, se comprende.

El conjunto se complementa con la conciencia extendida acerca del régimen político fraudulento y excluyente que Roca aprovechó y perfeccionó. Todo confluye en el cuestionamiento del reconocimiento histórico de quien muchos llaman "el fundador de la Argentina moderna".

Y que sin duda lo fue, si se toman los aspectos de dependencia frente al capital extranjero, concentración económica, explotación social, eurocentrismo y racismo que alientan en la sociedad argentina hasta nuestros días. Justamente, la puesta en tela de juicio del modelo de país que encarnó el teniente general tucumano, basado en la depredación capitalista, viabiliza el juicio crítico acerca de su figura y trayectoria.

Otro aspecto puesto en entredicho cada vez más en tiempos recientes es el mito de una Argentina blanca, en la que las influencias originarias o afro tendrían ínfima importancia en relación al gigantesco aporte europeo. Claro que, todo hay que decirlo, no ha faltado el presidente reciente que repitió el lugar común de que los argentinos "venimos de los barcos".

El reparo que puede caber es hasta qué punto está "herido de muerte" ese "bronce" si Argentina sigue regida por una clase dominante que añora aquella época sin sufragio universal efectivo ni políticas sociales, asentada sobre el predominio indisputado del capital local y extranjero. Esa misma clase aspira hasta hoy a una "refundación" de la sociedad que vuelva el reloj histórico a más de un siglo atrás, a la senda trazada por Roca. Ya sin contaminaciones "populistas" o socialistas de ningún tipo.

<sup>\*</sup> La publicación original de este artículo se efectuó en el portal digital *Tramas. Periodismo en movimiento*, con fecha 2 de febrero de 2024.

#### Las razones contra los monumentos.

El autor cuenta ya con un prolongado y fecundo trabajo en torno al rol jugado por Julio Argentino Roca en la historia argentina, enmarcado en un análisis más general acerca del genocidio indígena. Su búsqueda está animada por el propósito de restablecer la verdad histórica y terminar con el culto al dos veces presidente, "desmonumentarlo", en su lenguaje. Trabajos que tienen ya una década, como *Pedagogía de la desmemoria*. *Crónicas y estrategias del genocidio invisible y Desmonumentar a Roca. Estatuaria oficial y dialéctica disciplinadora* son, entre otros, evidencias de esos esfuerzos.

En el libro se tratan diversos aspectos vertebrados por una idea: Existe un cambio de visión y la reverencia hacia el "conquistador del desierto" ha ingresado en un cono de sombra destinado a ser definitivo. Valko repasa los grandes homenajes que se le han brindado al "conquistador del desierto", sobre todo en la forma de monumentos y de nombres de calles. Y asimismo pone atención a como en distintas ciudades y pueblos cunde la idea de liberarse de esas ofrendas a quien se considera que no las merece.

Escribe Valko: "...estamos presenciando un cambio de paradigma, y es por eso que los reemplazos aprobados como aquellos que están pendientes de aprobación o incluso los que fueron rechazados son un indicador del terremoto de las tensiones ideológicas. Tanto una cosa como otra prueban que una nueva mirada avanza en el imaginario social."

Atraviesan las páginas del libro diversas líneas de análisis. Una de las más interesantes es la articulación del exterminio con una renovada reducción a servidumbre, con "indios" y "chinas" repartidos entre las grandes familias o sometidos como mano de obra barata en explotaciones regidas por terratenientes. E incluso las damas de la "Sociedad de Beneficencia" asumieron un rol de "tutela" devenido en entrega gratuita de los cautivos para el servicio doméstico.

En otra dirección, el autor nos exhibe ataques a Roca provenientes de sus contemporáneos, a modo de muestra de que su actuación pública ya atraía grandes críticas en su época. No son las construcciones "anacrónicas" de "ideólogos" más o menos izquierdistas las que enfangaron al teniente general. Al compás de los hechos ya despuntaban elementos básicos del bagaje crítico al que hoy podemos acceder.

Los periódicos fustigaron por entonces el costado de maniobra política y electoral que tuvo la campaña que llevó a Roca al Río Negro. Él buscaba con esa acción la presidencia de la nación, y la obtuvo. Una marca de coyuntura que confluyó con el propósito estructural: Miles de leguas adicionales para la producción agroganadera destinada a la exportación. Un propagandista de la campaña

El propósito económico fundamental y la ocasional manipulación política serían ocultadas más tarde, cuando llegó la hora de instaurar al orquestador del "orden conservador" en el lugar de desinteresado defensor de la soberanía nacional y egregio impulsor del "progreso argentino".

En esas coordenadas se inscribió el enriquecimiento del conjunto de la familia Roca. Fueron entusiastas participantes en una operatoria de la burguesía que tenía en los negocios a costa del Estado una fuente de beneficios fundamental, que el autor examina de forma somera pero efectiva. Poder económico fortalecido a la sombra del poder

político; dinero y bienes del Estado convertidos en patrimonio privado. Prácticas con una larga historia.

#### De las tolderías al movimiento obrero.

La obra desarrolla asimismo la idea de que el genocidio indígena fue sólo una faceta de la actuación de Roca. Una vez exterminados los originarios en torno a su primera presidencia, en su segundo período de gobierno se lanzó a la represión de los trabajadores que optaban por la organización y la lucha.

Comenta el autor: "...en la primera presidencia 'barre toldos' y en la segunda acciona como mascarón de proa de la elite contra el movimiento obrero. Del mismo modo que ejecutó su autodenominada Conquista del Desierto se impuso disciplinar a los trabajadores mediante artimañas leguleyas o directamente con el garrote, como ocurrió con muertos y decenas de heridos el 1º de mayo de 1904 en pleno centro de Buenos Aires."

Está claro el itinerario de clase: Primero contra los que impedían la expansión de la frontera agraria. Para luego arremeter contra quienes ponían en tela de juicio el dominio patronal en los lugares de trabajo. El capítulo respectivo lleva un título significativo: "El malón rojo". Y señala como la expulsión del país de los huelguistas era el renovado modo de excluir al "enemigo"

Fue ese alineamiento permanente y multidimensional con los intereses fundamentales de los grandes propietarios y explotadores lo que ha inspirado el perenne agradecimiento del gran capital al gran impulsor de la "modernización" en beneficio de su clase.

Allí se encuentra la explicación de que, ya en la década de 1930, el Estado nacional haya erigido los homenajes a Roca en un eje fundamental de una pedagogía histórica disciplinadora, que tuvo en su gran estatua ecuestre a pasos de la Plaza de Mayo su manifestación más destacada.

Un capítulo titulado "Un monumento a la medida del héroe" ofrece un relato conciso acerca de ese tributo tan conspicuo, orquestado por lo más granado de las elites y con el compromiso activo de los gobiernos del "fraude patriótico", allá por la segunda mitad de la década de 1930.

La desafiante figura del reverenciado general y presidente arropaba los esfuerzos por preservar el poder político para los dueños del poder económico. Un antídoto simbólico frente a cualquier empeño de la "chusma".

En el capítulo final, Valko vuelca algunas reflexiones sobre "El uso político del pasado", que enlaza sucesivas impunidades. Allí hace mención de las ofrendas de la última dictadura cívico militar al "patricio" por excelencia: "Videla equipara su Proceso de Reorganización Nacional como heredero de la Conquista del Desierto." El "enemigo subversivo" era otra reformulación del "otro" al que había que exterminar, a semejanza de lo ocurrido un siglo más atrás.

\_\_\_\_\_

Es a esa altura que el autor menciona una vez más el signo de agonía que atribuye a la desmemoria expresada en la elevación al "bronce" de quien exterminó, esclavizó y deportó. Permítasenos dudar a ese respecto.

En particular en circunstancias en que desde la cúspide del aparato estatal se pretende reinstaurar valores cuya concepción se atribuye, con mayor o menor justeza, a Juan Bautista Alberdi, pero su realización práctica correspondió a Julio Argentino Roca. El poder económico, político y cultural busca una vez más reverdecer los pergaminos del "fundador". El actual presidente, en su asunción, alzó el estandarte de su reivindicación. El combate continúa.

#### Anexo.

# Osvaldo Bayer, historiador\*

Periodista en su vocación temprana y permanente, con formación sistemática en historia adquirida en Alemania, su labor como historiador integra un capítulo luminoso de su actuación intelectual y política, amén de asociarse a la adopción de una ética inquebrantable que no abreva en un humanismo vago sino que posee acepción de clase. Bayer se presenta a sí mismo como «cronista» o «periodista histórico», un modo de asignar un humilde lugar a su tarea de investigación sobre el pasado.

Podría aceptarse esa definición sin objeciones, si no fuera porque encierra el riesgo de colocar a Osvaldo en un rango inferior al de quienes serían los «verdaderos» historiadores. Él no ha seguido el camino de la historiografía académica, es cierto, pero emprendió una tarea de enorme trascendencia, la de, como él mismo escribe, «desenterrar verdades», cuyo ocultamiento resultaba útil a los círculos del poder, desde las grandes empresas a las Fuerzas Armadas.

Lo ha hecho con un espíritu de investigador impenitente, obsesionado por recorrer todos los documentos y dispuesto a escuchar todas las voces. Su disposición a la búsqueda minuciosa, exhaustiva, lo ha preservado de dos tentaciones opuestas:

Por un lado el panfleto, solo centrado en la denuncia, y por lo tanto desatento a los matices, propenso a la omisión de las pruebas que no favorecen su causa, esquemático tanto en sus premisas como en sus conclusiones.

Y por el otro la supuesta «neutralidad», que toma excesiva distancia de la realidad humana de la que se ocupa, hasta quitarle carne y sangre, llegando a inhibirse de cualquier juicio de valor. Y que suele terminar en el acatamiento por omisión los lineamientos que convienen a los poderosos.

Bayer tiene partido tomado contra las múltiples expresiones del poder (grandes capitalistas, jefes militares, cúpulas eclesiásticas, grandes medios de comunicación), y a favor de las distintas formas de la rebeldía social, de las luchas y protestas de los trabajadores y los desposeídos, ese conjunto que Antonio Gramsci solía llamar las «clases subalternas».

No tiene piedad con los asesinos y torturadores, con los representantes de diferentes formas de terrorismo de Estado. Ni con los patrones que, para preservar su lugar de explotadores sin mancharse las manos directamente, acuden a la colaboración de torturadores y asesinos.

Tampoco la exhibirá para quienes, siendo ellos mismos parte de los «condenados de la tierra», se alinean con el bando enemigo. No trepidará en señalar, por ejemplo, el entusiasmo para fusilar de muchos conscriptos cuando las matanzas de la Patagonia, o el afán denunciador de más de un pobre diablo en perjuicio de anarquistas escondidos, en fuga de las autoridades.

<sup>\*</sup> Tomamos este artículo de la versión que fue publicada en Julio Ferrer (coordinador) *Osvaldo Bayer por otras voces.* 2.º ed. La Plata. Universidad Nacional de La Plata, 2011. La que a su vez constituye una síntesis del artículo que, bajo el mismo título, se publicó en Miguel Mazzeo (coord.) *Osvaldo Bayer. Miradas sobre su obra.* Buenos Aires. Centro Cultural de la Cooperación, 2003.

### Sus grandes obras.

Sin desmerecer sus muchos trabajos breves, dos grandes obras delimitan lo fundamental de su labor como historiador: *La Patagonia Rebelde* (*Los vengadores de la Patagonia Trágica*, en sus ediciones tempranas) y *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*.

La dedicada a la Patagonia es un trabajo monumental, en varios de los sentidos del término.

Si prestara atención a su temática, un observador desprevenido podría contradecir esta opinión. Se trata, a simple vista, de una obsesiva investigación de hechos ocurridos en un lapso breve, en un territorio alejado y casi despoblado. Sin embargo, Bayer sigue todas las pistas hacia y desde los fusilamientos en el entonces territorio nacional de Santa Cruz, sus causas y sus efectos. Y analiza el papel jugado por todos los personajes individuales y colectivos involucrados en los hechos, tanto del lado de las víctimas como del de los victimarios.

E impregna todo de un espíritu de vindicación histórica, de revaloración ética, de denuncia tanto de los crímenes como de las acciones desplegadas luego para su ocultamiento.

Saca de las sombras a un episodio olvidado, extrae de él las variadas culpabilidades: estancieros, policía, ejército. Y no se detiene ante las puertas de la Casa de Gobierno para enjuiciar también al presidente Hipólito Yrigoyen, sin inmutarse ante sus títulos de presunto adalid de la democracia argentina.

Y, del otro lado, devuelve al aprecio y a la memoria histórica a un conjunto de militantes obreros que actuaron en las huelgas, desde el gallego Antonio Soto a Facón Grande, destacados de entre la masa anónima de los millares de fusilados en lo que fue la mayor masacre cometida por el Estado argentino antes de la dictadura de 1976. El silencio encubridor ha sido derrotado, en este caso para siempre, gracias a ese gran libro. La aparente pequeñez se ha vuelto inmensidad.

Su otro gran trabajo, el dedicado a Di Giovanni, es aún más controversial. El autor toma allí la tarea de explicar y situar en su contexto político, cultural, incluso afectivo, a Severino, a quien la dictadura de José Félix Uriburu fusiló mientras la prensa escrita y el mundo oficial se complacía en presentarlo como un monstruo con forma humana, un terrorista tan feroz como irredimible.

Osvaldo convierte el relato de su vida y de su muerte en una reflexión sobre la violencia de los de abajo frente a la que se ejerce desde arriba, y nos muestra a su personaje como un hombre que utiliza el dinero obtenido en asaltos para editar periódicos y libros de ideología libertaria, como un ser perdidamente enamorado, y un militante antifascista sin dobleces. Su historia de amor con Paulina Scarfó ocupa un lugar relevante, narrada con una sensibilidad conmovedora

Severino arroja bombas y utiliza el revólver, pero Bayer se niega a acatar la descalificación automática de todo el que haga eso sin contar con uniformes, credenciales, y armas pagadas por un presupuesto estatal.

Y nos muestra, como en todas sus obras, el espectáculo obsceno que brindan los poderosos. En los tramos finales del libro, relata el abusivo juicio sumario que termina en pena de muerte. Y la escena de los personajes de "alta sociedad" acudiendo vestidos de gala al fusilamiento de Di Giovanni. Lo vívido de esos relatos los constituye en piezas de antología en la crítica de las clases dominantes y de las instituciones militares, respectivamente.

Bayer persiste en su vindicación de ideologías y acciones libertarias y socialistas pero sin eludir los errores y los costados oscuros. A Di Giovanni le señala muchos, lo mismo que a los "anarquistas expropiadores", de los que se ocupa en uno de sus trabajos más breves.

Su nombre destaca entre los historiadores de izquierda en Argentina, aunando la calidad de su trabajo con la coherencia ética y política que lo ha respaldado de modo invariable. A ello se suma la difusión que ha alcanzado su obra, luego de atravesar amenazas, censuras y quemas de libros en los duros años marcados por las tres A y, a renglón seguido, por la última dictadura cívico-militar.

Sus escritos lograron mantener vigencia, transitando desde las pequeñas editoriales iniciales, hasta la publicación en variados formatos y tiradas numerosas por un gran sello. Eso no lo llevó a cambiar ni una coma de sus obras, ni acomodarse a las modas ideológicas que indican «tolerancias» y «pluralismos» tan generales como hipócritas. Su rol como historiador mantiene y acrecienta, a rajatabla, su lugar político, ético y cultural. Que es el de un intelectual identificado de modo radical con la tradición libertaria y socialista, de nuestro país y del mundo.

# La militancia contra el culto a Roca.

A su labor historiográfica se suma su actitud militante en cuanto a transformar para bien la conciencia histórica de sus compatriotas. Y eso no sólo mediante la palabra escrita sino asimismo con acciones concretas: Iniciativas para quitar de su pedestal a "próceres" que no lo merecen, al tiempo de exaltar a los anónimos, los olvidados que ofrendaron sus vidas, en apariencia pequeñas, a las nobles causas populares.

En esa línea se inscriben su prédica y sus actos orientados a que el monumento del general Julio Argentino Roca en Buenos Aires fuera quitado de su emplazamiento en el microcentro de la ciudad. El maestro organizó actos periódicos frente a la gran estatua ecuestre y uniformada. Y logró más de una vez congregar pequeñas multitudes atraídas por la convocatoria de una voz tan respetada.

Esos llamados a rodear el monumento se ramificaron en dirección a todo un movimiento cultural, juvenil en gran proporción. Artistas gráficos que "intervinieron" el monumento, asociaciones indígenas, músicos que llevaron sus canciones alusivas.

Entre las individualidades y grupos que respaldaron las iniciativas de Osvaldo, ocupó lugar destacado la agrupación *Awka Liwen* ("Rebelde amanecer", en lengua mapuche), empecinada en su lucha para "desmonumentar" a Roca. Y también el grupo musical *Arbolito*, portador del nombre de un jefe ranquel asesinado por militares argentinos, que llevó más de una vez sus canciones al pie del detestado monumento.

Bayer fue el inspirador de todas y todos ellos. Con entusiasmo juvenil; inveterada capacidad para acercar las voluntades más diversas, infinita disposición para viajar hasta

el pueblo más pequeño o la asociación más humilde y brindar allí su palabra esclarecedora y su ejemplo cautivante.

Hoy que ya no lo tenemos entre nosotras y nosotros, retomar la lucha contra los homenajes a Roca debería ser un compromiso de honor. Y un paso para realizar su caro sueño de que sea un monumento de homenaje a la mujer originaria el que ocupe el lugar del "coloso de bronce" que exterminó a su pueblo. Tenemos al respecto una deuda con Osvaldo y sobre todo con la numerosa porción del pueblo argentino que no quiere ver más criminales honrados como "próceres" ni torvos capitalistas a los que se presenta a modo de impulsores de la "civilización" y el "progreso".

### Epílogo.

Al lector que haya tenido la perseverancia de llegar hasta acá quisiéramos dedicarle unas reflexiones finales acerca del personaje que nos ocupa y su lugar en el pasado que vivió y en el presente que discute acerca de su herencia.

Mientras la clase dominante en nuestro país sea en esencia la misma que se benefició de sus acciones, no habrá solución al "problema Roca". Los capitalistas más poderosos del país, los medios de comunicación de más aceitados vínculos con el poder real y de mayor audiencia, los representantes en Argentina del capital financiero internacional; todos lo defenderán siempre que puedan.

Y hoy pueden mucho, a caballo de una gestión de derecha (extrema), que coloca al relato histórico en un lugar central que no se le asignaba durante el gobierno derechista anterior, el de Mauricio Macri, poco propenso a las elaboraciones sobre el pasado nacional. Milei sabe lo que hace cuando reivindica a su lejano antecesor en la presidencia. Los intelectuales orgánicos del conservadurismo también son conscientes del sentido de los elogios, y lo seguirán con placer por ese camino.

Argentina regida por una selecta minoría de grandes capitalistas o subordinados directos suyos, es un sueño persistente de los grandes empresarios y sus servidores. El cuadro de la sociedad nacional estaría completado por unas capas medias deferentes hacia los "dueños del país" y creídas de que el beneficio de los grandes propietarios será, más temprano que tarde, el beneficio propio.

Y por una clase obrera y otros sectores populares pasibles de un continuado castigo social, y pese a ello sostenedores de la creencia de que son "los políticos" los autores y culpables de los males que los aquejan Con la visión así obturada hacia el poder económico y otras manifestaciones del poder real, muy por arriba de las responsabilidades de la "casta política" que hoy se lleva todos los insultos, no sin buenas razones para la diatriba, por cierto.

Esa visión de la sociedad argentina es deudora privilegiada del legado "roquista". Ir contra esa herencia repudiable es uno de los más importantes entre los variados aspectos que deberían conformar una conciencia histórica popular renovada y cuestionadora a fondo.

Conciencia que tendría uno de sus parámetros de validez en la capacidad de hacer una distinción radical respecto a los hacedores de la ruptura con el colonialismo y las guerras de independencia en las primeras décadas del mil ochocientos, portadores de un impulso de emancipación nacional e incluso social en algunos de ellos; y los patriarcas del sometimiento de las mayorías, el racismo darwinista y la dependencia de Gran Bretaña que se desenvolvieron varias décadas después.

Percibido en esa dirección, el fortalecimiento de una visión histórica alternativa debería ser un acompañamiento indispensable de un movimiento de crítica social radical que trabaje en dirección hacia una sociedad nueva.

Una en la que Roca sólo sea recordado en tanto que artífice destacado de un orden basado en la desigualdad, la injusticia y la explotación, que no trepidó en encarar el exterminio de las "razas inferiores". Todo para, aniquiladas o debilitadas éstas, encaminar su

pedagogía de la represión hacia esos inmigrantes a los que se encomiaba en general. Pero se los proscribía e incluso se los demonizaba cuando dejaban siquiera despuntar lo que en la época se llamaba "ideas avanzadas".

En suma, el teniente general Julio Argentino Roca, pletórico de estatuas y distinciones, no fue otra cosa que un gran enemigo del pueblo argentino. Desde la "conquista" hasta la "ley de residencia" llevan su sello indeleble. Pasando por la más sólida maquinaria de exclusión política y fraude electoral que haya conocido la sociedad argentina.

Sólo en una Argentina nueva el culto a su persona experimentará un ocaso definitivo. Entretanto, cabe la lucha y la polémica contra sus sinceros partidarios, inspirados por un eterno agradecimiento clasista. La discusión, ardua, rotunda, en torno al exterminador y esclavizador de los indígenas, forma parte inexcusable de la lucha de clases, en su dimensión de conciencia histórica.

El general Julio Argentino Roca, destacado jefe militar, dos veces presidente de la nación y líder durante décadas de las fuerzas políticas conservadoras, es sin duda una figura polémica.

La cuestión más controvertida versa en torno al rol que jugó en el exterminio indígena del sur argentino. Controversia que comprende múltiples discusiones. Se lo defiende en nombre del afianzamiento de la soberanía nacional sobre vastos territorios, la incorporación de miles de leguas a la explotación agraria, la pacificación de una frontera hasta entonces "caliente", incluso se le asigna parte en la transformación de un país bárbaro en una nación civilizada.

Se le dirigen acusaciones tanto por las muertes de los originarios que combatían como por la reducción a servidumbre de muchos otros, sobre todo mujeres y niños. Se suma el cuestionamiento de que la llamada "conquista del desierto" se sustentara con el aporte de terratenientes que, como moneda de cambio, consiguieron significativas ampliaciones de los campos bajo su dominio y explotación. La "conquista" sería un capítulo más de la construcción de una sociedad muy desigual, de la que se beneficiaba una minoría rica en alianza con el capital extranjero, sobre todo británico.

Esta edición recoge varios artículos que se despliegan desde una perspectiva de fuerte crítica hacia el desempeño de Roca. Ese enfoque no obsta para que en ellos se reconozca el lugar del general tucumano como fundador del Estado argentino moderno. Queda librada al debate qué tipo de relación entre Estado y sociedad se construyó sobre la base de la conducción ejercida por Roca y sus partidarios. Puede haber amplias coincidencias en que se erigió un "orden", que puede llamarse "conservador" u "oligárquico". Y bajo cualquier denominación se tradujo en la alteración del sufragio y en la marginación política y social de una gran proporción de la población argentina.

Estos "Apuntes para una polémica" adquieren hoy un significado adicional, ya que arrecia el contraste acerca de las posibles lecturas del pasado nacional, con miradas diversas y a menudo contrapuestas. La valoración de Roca se instala como nudo problemático de las diferentes apreciaciones sobre un transcurso de más de 100 años de la sociedad argentina.

Daniel Campione es profesor de la Universidad de Buenos Aires.

Integró, a iniciativa de Osvaldo Bayer, la campaña que propició el traslado del monumento al general Roca en la ciudad de Buenos Aires.

Entre otros libros publicó Estado y administración pública en Argentina. 1880-1916 (1999), en coautoría con Miguel Mazzeo; La escritura de su historia (2002); Orígenes estatales del peronismo(2009) y La guerra civil española. Argentina y los argentinos (2018).



fisyp.org.ar